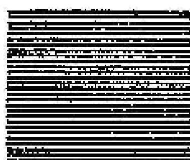
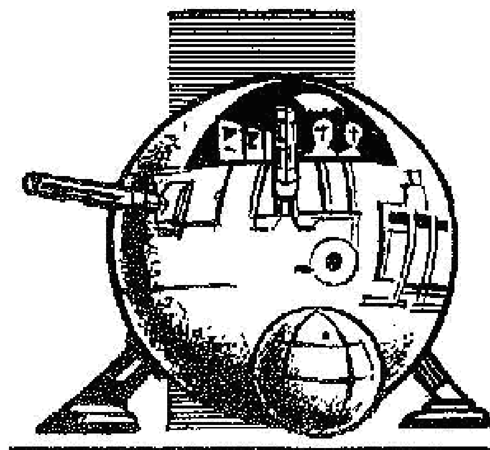
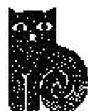

HEROES ESPACIO
BRUGUERA
BOLSILIBROS
FUTURO
TELLY EN EL PARAISO
KELLTOM McINTIRE



héroes del ESPACIO





ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION

182 — *La sala de máquinas.* Joseph Berna.
183 — *Tres días de silencio.* A. Thorkent.
184 — *Vendieron nuestras vidas*. A. Thorkent.
185 — *Rescate en Medon*. Eric Sorenssen.
186 — *El ojo de Ukhlan.* Lem Ryan

KELLTOM McINTIRE

Telly en el paraíso

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.º 187
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
CAMPS Y FABRES, 5 – BARCELONA

ISBN 84-02-09281-0
Depósito legal: B 32.430-1983

Impreso en España Printed in Spain

1.º edición en España: noviembre, 1983
2.º edición en América: mayo, 1984

Impreso en los Talleres Gráficos de **EDITORIAL BRUGUERA S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1983

CAPITULO PRIMERO

—¡No, no te acerques! —chilló la mujer, espeluznada.

Se encontraba al fondo de la caverna, apoyaba su espalda en la roca húmeda y temblaba de pies a cabeza.

En la entrada de la cueva se erguía la figura del hombre en toda su estatura. Era un individuo de casi dos metros de altura, increíblemente robusto y musculoso. Sus ropas estaban desgarradas en jirones y ello permitía a la mujer —tan asustada— contemplar su velludo pecho y sus formidables hombros.

Era un gigante de apariencia tosca, impresionante. Sus cabellos largos, enmarañados y sucios, eran muy negros. Tanto como sus arqueadas y espesas cejas y su espesa barba. No era un rostro viril muy agraciado. La estrecha frente fruncida, las grandes orejas, la nariz achatada, un tremendo chirlo en el pómulo derecho y la boca grande y de labios rudos, le daban un aspecto bestial y repelente.

El hombre avanzó dos pasos, indeciso. Pero se detuvo cuando la bella mujer rubia, fuera de sí, exhaló un penetrante alarido.

—¡No, no, noooo!

El gigantesco individuo miró a la mujer sin pestañear. Se diría que no lograba comprender el motivo de aquellos gritos, de la alarma que crispaba los finos rasgos faciales de la joven rubia.

De repente, ella, en un acceso de pavor, se inclinó y agarró de un zarpazo el mortífero fusil-láser.

—¡Si te mueves..., te mataré! —le amenazó.

Le costó un gran esfuerzo pronunciar las dos últimas palabras: «te mataré». Las pronunció con pavor, con miedo, con desesperación, con una intensa sensación de soledad. Porque aquel hombre, Lon Harroway, era el único varón vivo sobre la superficie del planetoide Watárix.

En otro rincón de la gran caverna agonizaba Blake Thorpe, el último de los afectados por la extraña y mortífera epidemia que habían contraído los miembros de la expedición Bradford en los pantanos de Kuu-Lanyin.

Harroway, a quien todos llamaban King-Kong, miraba a la mujer sin mover un músculo de su rostro brutal.

—No pensaba... — murmuró.

Pero Stella Bradford movió, nerviosa, el cañón del fusil-láser y Harroway retrocedió lentamente y desapareció.

Al quedar sola en compañía del agonizante, la mujer dejó escapar un profundo suspiro y sus brazos cayeron, laxos, a lo largo del

cuerpo.

Cuando se oyó el sordo rumor del fusil al golpear contra el duro piso rocoso, Stella —a la que sus amigos solían llamar Telly— se agitó de un brinco, asustada. Durante unos segundos contempló estúpidamente el arma caída. Luego se inclinó, la recogió y se abalanzó sobre Blake Thorpe.

Dejó el arma en el suelo y se postró de hinojos ante el hombre que yacía sobre un lecho de hojas secas.

—¡Blake, Blake! —murmuró, estremecida.

Blake Thorpe, el hombre más guapo que había conocido y del que se creía profundamente enamorada, sólo era ya un esqueleto viviente.

El que fuera un prototipo de belleza viril, respiraba ahora con terribles estertores y se debatía con leves crispaciones musculares, empapadas en maloliente sudor sus ropas destrozadas.

Telly contempló, transida de dolor y desesperación, aquellos cabellos pegajosos y sucios, que habían sido dorados y brillantes. El terrible mal le había ido dejando sin fuerzas a lo largo de las últimas jornadas, afinando sus hermosas facciones y transformándolas en lo que ahora apenas era una calavera. Sus miembros fláccidos, cadavéricos, se extendían desganadamente a lo largo del cuerpo y lo que había sido un busto armonioso, atlético y pleno de apostura y atractivo, no bastaba ya para rellenar la camisa deshecha en flecos deslucidos.

—¡Blake, no puedes dejarme ahora! —gimió la mujer, desconsolada—. ¡No puedes dejarme sola! ¡Sola con… King-Kong!

Temía a Lon Harroway, lo temía como al mismo diablo.

Aquel gigante de músculos descomunales y apariencia primitiva la aterrorizaba.

Sin embargo, Lon Harroway no había dado ninguna muestra de agresividad. Durante el largo viaje desde Megalópolis Enea, en Marte, hasta el distante planetoide Watárix, King-Kong, contratado como explorador y encargado de la seguridad, se había mantenido apartado de los otros miembros de la expedición. Solamente se le veía relacionarse, aunque en raras ocasiones, con los tripulantes de la colosal *Trans-Station-II*, la gran estación transespacial que había servido de vehículo a los sesenta y dos miembros de la expedición especial Bradford.

A bordo de la *Trans-Station-II*, King-Kong había sido objeto de algunas bromas sangrientas, provocadas por su aspecto primitivo. Al principio, King-Kong —Lon Harroway, legalmente— había soportado aquellas bromas pacientemente, pero cuando el apuesto Blake

Thorpe trató de burlarse de él en público, el gigante, sin dar muestras de ira, le tomó delicadamente por el cuello y el fondillo de los pantalones, le elevó en el aire con increíble facilidad y le hizo girar en lo alto vertiginosamente, hasta que Blake comenzó a vomitar. A partir de entonces, siguieron burlándose de King-Kong a sus espaldas, pero ni uno solo de los miembros de la expedición Bradford se atrevió a mofarse de él abiertamente.

Pero Telly Bradford no recordaba aquellos episodios ahora. Sus manos aferraban los escuálidos hombros del moribundo Blake Thorpe y le zarandeaban sin rigor, tratando de hacerle volver en sí.

—¡Blake, por el amor de Dios, no puedes dejarme ahora!

Pero el moribundo cada vez respiraba con mayor dificultad. A veces parecía que se iba a ahogar. Su respiración se interrumpía y sus brazos se agitaban débilmente como si fuese a expeler el último aliento, pero finalmente arrojaba una mucosidad verdosa por la nariz y tomaba a respirar, aunque con jadeos impresionantes.

Sus mejillas y su frente ardían. Blake Thorpe, el apuesto donjuán admirado por todas las mujeres de la expedición Bradford, se debatía en el rústico lecho, consumido por la altísima fiebre.

King-Kong lo había dicho un momento antes, cuando apareció de improviso en la boca de la caverna:

—He venido para llevarme su cadáver. Debo enterrarlo.

Y ella se había vuelto loca de dolor y de odio.

Pero era verdad: Blake agonizaba. Quizá tardara unas horas en morir, quizá unos pocos minutos. Pero moriría.

Como habían ido muriendo, inexorablemente, los otros miembros de la expedición.

Todo empezó apenas un mes atrás, cuando los exploradores atravesaban las espesas selvas pantanosas de Kuu-Lanyin.

Era una enorme extensión de jungla verde, densa y peligrosa. En Kuu-Lanyin, los rayos del sol jamás llegaban hasta el suelo, atravesado constantemente por riachuelos de aguas pútridas y lagunas cenagosas. Gigantescos árboles de más de cien metros de altura impedían con sus frondas exuberantes que los rayos solares llegasen abajo.

Había resultado muy fatigoso abrirse paso ante aquella maraña vegetal atosigante. Y luego habían llegado los insectos a oleadas, martirizándoles con sus dolorosas picaduras.

—No hay peligro —había manifestado el solemne doctor Irving Gardiner—, ¡Son simples mosquitos, como los de la Tierra! Cierto que las picaduras de éstos son más punzantes y molestas, pero no creo que haya riesgo alguno.

Pero al amanecer del siguiente día, el propio Gardiner había comenzado a padecer las consecuencias de tales picaduras. A lo largo de toda la jornada, el médico sufrió accesos de fiebre altísima, palpitaciones, escalofríos y una sed tremenda, que le obligó a beber constantemente.

Por fortuna, el doctor Gardiner dio muestras de una abnegación poco común. Sobreponiéndose a la fiebre, insistió en que todos los exploradores debían ser vacunados. El mismo, auxiliado por la pelirroja Brenda O'Magam, inyectó la vacuna a cada uno de los expedicionarios.

Sin embargo, el doctor Irving Gardiner fue el primero en morir. Su cuerpo, consumido y debilitado, fue sepultado en un claro al atardecer.

A lo largo de los días siguientes, el mal fue atrapando inexorablemente a otros miembros de la expedición Bradford.

Día a día, fueron desapareciendo Brenda O'Magam, Dick Brunhill, Mary-Lou Spencers, Trevor Murphy, Johnson Murray, Scilla Preston...

Telly se desesperaba, impotente para ayudar a sus amigos. Junto con otros tres hombres decididos, había retrocedido hasta el pequeño *Hovercraft* que habían abandonado al borde de la jungla de Kuu-Lanyin, con el objetivo de recoger el botiquín portátil que habían dejado en el vehículo.

Pero ninguno de los remedios fue suficiente para atajar la incontenible enfermedad que había acabado ya con siete de los expedicionarios.

Desesperada, Telly Bradford hubiera querido solicitar ayuda a los quince tripulantes de la *Trans-Station-II*, que orbitaba a ciento cincuenta mil metros alrededor del planetoide.

—Sería inútil —te hizo observar Blake Thorpe, que comenzaba a dar muestras de sentirse afectado—. La aeronave que nos trajo a la superficie de Watárix está demasiado lejos. Aunque consiguieseis comunicaros con el coronel Granjer, su ayuda llegaría demasiado tarde.

Blake tenía razón. Uno por uno, fueron muriendo sesenta de los sesenta y dos componentes de la expedición Bradford.

A medida que se producían los fallecimientos, eran enterrados por King-Kong, el cual aparecía súbitamente en cuanto uno de los afectados entraba en agonía.

«Es una figura siniestra —pensaba Telly, aterrada—. Parece un buitre aguardando su carroña.»

Ella había sido la primera en burlarse de Lon Harroway, en

ridiculizar sus movimientos desmañados, en caricaturizar sus poco agraciadas facciones. Claro que todo ello había ocurrido durante el viaje a bordo de la *Trans-Station-II*, cuando Telly Bradford era la reina del grupo y la mujer más codiciada entre las treinta hermosas mujeres que formaban parte de la caprichosa misión.

A bordo de la gran estación de transporte espacial, Telly se sentía muy segura de sí misma, constantemente rodeada de sus amigos y admiradores y particularmente agasajada por el apuesto e interesante Blake Thorpe.

En realidad, todos eran jóvenes y hermosos a bordo, incluidos los quince tripulantes. Todos menos el gigantesco King-Kong, cuyo rostro animalesco brutal había atraído desde el principio las befas de los viajeros.

Sí, entonces Telly se sentía feliz, despreocupada y muy segura de sí misma Ella fue la primera en señalar a sus compañeros el parecido de Lon Harroway con un formidable gorila. Y fueron sus comentarios mordaces los que propiciaron las siguientes burlas.

Pero después… Había visto morir en medio de tremendos padecimientos a sus mejores amigos y amigas.

King-Kong se mantenía aparte, insensible, al parecer, a la desolación que se abatía sobre la comunidad. Pero ¿cómo no había de aislarse aquel hombre callado y paciente, al que todos habían hecho objeto de bromas y escarnios?

King-Kong Harroway sólo aparecía cuando uno de los enfermos entraba en agonía Cuando se aseguraba de que el cuerpo estaba ya frío, lo envolvía cuidadosamente en un gran saco de fuerte tela plastificada y se lo echaba fácilmente al hombro, desapareciendo en seguida en medio de las frondas, donde, a solas, daba sepultura a los cadáveres. Su compasivo proceder no fue muy apreciado por los que aún sobrevivían, los cuales se limitaron a buscarle un nuevo apodo: El Enterrador.

Inclinada sobre el cuerpo febril del hombre que había sido su amante, Telly Bradford murmuraba una oración entre dientes.

Y luego, elevó la voz y exclamó:

—¡Tengo miedo, Blake! ¡Se me abren las carnes de pavor sólo con pensar que quedaré a solas con King-Kong! Ese hombre… ese hombre me mira a veces fijamente, como…, como si estuviera aguardando a que todos muráis para caer sobre mí como un ave rapaz.

Blake se estremeció. Y sus párpados vibraron ligeramente.

—¡A…a…agua! —murmuró con un hilo de voz.

Exhalando un gritito de esperanza, Telly tomó el depósito de

plástico lleno de agua —traído precisamente por King-Kong—, le quitó el tapón y acercó el gollete a los descoloridos labios de Blake.

El moribundo bebió ávidamente y pareció quedarse más tranquilo.

—¡Vuelve en ti, Blake! ¡Tienes que vivir..., debes protegerme de... de King-Kong! —murmuró ella al oído del hombre.

Blake entreabrió los párpados y le dirigió una mirada lejana e imprecisa.

—Telly —dijo.

—¡Sí, soy yo, tu Telly, querido mío! —respondió ella, apasionada—. ¡Dime que sanaras, dime que vivirás, dime que no me dejarás sola en esta inmensa desolación!

En aquel rostro, descarnado y macilento, destacaban como enormes globos azules los ojos de Blake Thorpe.

El hombre alzó una mano esquelética, descarnada, y Telly se la tomó ávidamente.

—Telly — repitió él.

—¿Sí, amor mío? — respondió ella, impaciente.

—Debes..., debes confiar en King-Kong... Es decir, en..., en Lon Harroway. Es una buena persona y un..., un hombre excelente.

Telly retrocedió de un respingo, como si la acabasen de abofetear en pleno rostro.

—¡Blake! ¿Cómo puedes decir tal cosa? ¡Yo odio a ese monstruo, me resulta... repugnante!

—Ahora lo veo claro — continuó Blake, como si no la hubiera escuchado—. El es el mejor de todos nosotros. Confía en él. Si no... estarás...

—¿Sí, Blake? —murmuró ella, tomando a inclinarse sobre el hombre.

—Si no... estarás... perdida..., perdida en estas soledades —murmuró con gran dificultad y voz apenas audible.

Telly protestó fervientemente.

—Pero ¿cómo..., cómo puedes pedirme tal cosa? Sólo puedo sentir hacia ese hombre repugnancia y temor. Y eres tú, precisamente tú, Blake Thorpe, que te burlabas de él constantemente, quien me aconsejas que confíe en King-Kong... Eres cruel, amor mío. No sé cómo puedes imaginar que... Pero ¿me estás oyendo, Blake?

Fue inútil que zarandeara aquel cuerpo desmadejado. Blake Thorpe no podía dría ya: acababa de morir sin exhalar un suspiro.

CAPITULO II

Durante dos días, Telly Bradford veló el cadáver de Blake Thorpe.

A lo largo de aquellas dos jornadas, Telly permaneció alerta. Empuñaba entre sus rígidos dedos el fusil-láser, dispuesta a utilizar el arma si veía aparecer a King-Kong en la entrada de la caverna.

Aquella primera noche durmió junto al cadáver de Blake, estrechamente abrazada a él. Murmuraba palabras cariñosas y recordaba en voz alta tantos recuerdos entrañables, reminiscencias de los mementos felices y apasionados que ambos habían vivido juntos.

No durmió en toda la noche.

La tensión y la sensación de soledad eran tan intensas que no le hubieran permitido conciliar el sueño.

Recordó, sí, las circunstancias que le habían llevado hasta el distante planetoide llamado Watárix.

Su abuelo, Christopher Bradford, se había extraviado en las mismas selvas de Kuu-Lanyin treinta años atrás. Aquel temerario aventurero había sido un pionero en la exploración de los planetas del sistema solar. Obra suya había sido el proyecto de construcción de una ciudad experimental en Marte, que recibió el nombre de Megalópolis-I [1]. Su proyecto no sólo se llevó a la práctica en los años posteriores, sino que las concesiones de terrenos que obtuvo en Marte le reportaron enormes ganancias. Tras Megalópolis-I, surgieron nuevas ciudades marcianas, hasta llegar a Megalópolis Enea, la novena urbe levantada en Marte por una de las empresas Bradford.

Christopher Bradford había cumplido cuarenta años cuando enviudó. Entonces reunió a sus tres hijos y les dijo:

—Me marcho. Sigo interesado en explorar el espacio más allá de nuestro sistema solar. Mi viaje será muy peligroso, por lo que quiero repartir entre vosotros mi fortuna. Si desaparezco, no me lloréis. Tened la seguridad de que habré muerto realizando mi sueño más querido.

Sus tres hijos recibieron fortunas cuantiosas, que les permitirían vivir confortablemente por el resto de sus días. Y poco después, Christopher Bradford se trasladó en una nave *Rocket-Fire* a la *Trans-Station-I*, que orbitaba alrededor de Marte.

Le acompañaba un escogido grupo de científicos y aventureros, tan empecinados y obsesionados como él.

Según se supo, y tras una larga travesía de dos años de duración, la *Trans-Station-I* llegó a las inmediaciones de un sistema solar al que llamó Beta. (Nadie supo si la B de Beta correspondía a la inicial de su apellido o, simplemente, a un sistema ordinal basado en el alfabeto griego.)

Bradford no había conseguido llegar tan lejos como quería, pero, de todas formas, había viajado muy lejos. El sistema solar Beta constaba de ocho planetas, siete de los cuales se demostraron estériles y desiertos. Sólo el tercero —con una masa ligeramente superior a la de la Luna y una densidad tres veces mayor que la Tierra— ofrecía condiciones de habitabilidad.

La *Trans-Station-I* se colocó en órbita alrededor del planeta verde Watárix. Desde sus laboratorios, se llevaron a cabo toda una serie de minuciosas observaciones, cálculos y mediciones. Un poderoso telescopio electrónico escrutó la superficie de Watárix, que mostró sus maravillas a los entusiasmados aventureros. Watárix ofrecía un aspecto uniformemente verde en casi toda su superficie, en la que se advertían también las manchas azules de tres mares y hasta diez grandes lagos del tamaño de la península ibérica. Su atmósfera era rica, perfectamente respirable, y su gravedad muy semejante a la de la Tierra.

—¿Qué esperamos para bajar y explorar ese hermoso planeta? —propuso el inquieto Christopher Bradford.

A la mañana siguiente, el grupo compuesto por Bradford y sus colegas descendió a la superficie de Watárix a bordo de una gran aeronave *King-plane*.

Sus noticias llegaron a Megalópolis Enea poco después y se expandieron por todo Marte, donde se celebraron fiestas y homenajes en honor del intrépido Bradford y sus valerosos exploradores.

Luego siguieron llegando noticias de Watárix. El planeta ofrecía una fauna y una flora riquísimas y variadas. Existían allí millones de plantas desconocidas y gran número de mamíferos, aves y reptiles, muchos de ellos de aspecto exótico e impresionante.

Sin embargo, Christopher Bradford se sentía decepcionado. Faltaba el principal objeto de sus viajes y exploraciones: el ser humano. En Watárix no había otros seres inteligentes que el grupo de exploradores.

A pesar de que gran parte de la superficie de Watárix fue recorrida incesantemente, no fueron hallados vestigios humanos en el planetoide. Un año después, el terco explorador aún continuaba empecinado en la búsqueda de aborígenes racionales.

Sus seguidores terminaron por cansarse de los interminables viajes a través de húmedas selvas, pantanos y montañas. Según el relato que hicieron pocos días después, una tarde Christopher Bradford regresó al campamento —del que acostumbraba a alejarse, temerariamente, en solitario— dando grandes gritos:

—¡Al fin, al fin! ¡He tropezado con los hombres verdes de los pantanos!

Sus amigos intentaron calmarle, pero él continuó con grandes aspavientos:

—¡Los vi, los vi con mis propios ojos! —gritó—. ¡Es increíble! Sus cuerpos son muy parecidos a los nuestros e incluso caminan en posición vertical. Sin embargo, he descubierto algo asombroso: la piel de estos aborígenes es completamente verde. Y no sólo su piel, sino incluso sus largos cabellos son verdosos. Así pues, no cabe duda de que hemos encontrado hombres anfibios…, ¡una raza enteramente desconocida hasta ahora!

Sus oyentes no tuvieron la menor duda de que el veterano explorador había perdido la razón. ¡Hombres verdes, seres anfibios!

Al día siguiente, Bradford les guió muy excitado hasta la laguna donde aseguraba haber visto aquellos seres. Apostados en las frondosas orillas, aguardaron durante largas horas la aparición de las extrañas criaturas. Ninguno de ellos pudo ver un hombre verde, aunque botaron una embarcación neumática y registraron la laguna en toda su superficie. Al atardecer regresaron al campamento, más convencidos que nunca de que el desgraciado Christopher Bradford había perdido definitivamente la razón, por todo lo cual decidieron volver a la *Trans-Station-I* y emprender el regreso a Megalópolis Enea, en Marte.

Pero a la mañana siguiente, Bradford había desaparecido. Se le buscó inmediatamente en una laguna próxima a la intrincada selva de Kuu-Lanyin, razonablemente convencidos de que Bradford, obsesionado con su historia de los, Hombres Verdes, había vuelto a aquellos parajes. Sin embargo, todo fue inútil, pues no hallaron rastro de él.

La búsqueda se alargó todavía durante varias semanas, hasta que le dieron por accidentado o muerto. Perdida la moral, el grupo de exploradores decidió volver a Marte.

Todo esto había ocurrido treinta años atrás, ocho antes de que Stella naciera.

Entretanto, Milton Bradford —uno de los acaudalados hijos del famoso explorador— contrajo matrimonio con Hildegard von Blaustein, una bellísima joven rubia, descendiente de alemanes. Un

año después nació Stella, a la que desde niña llamaron Telly.

Su madre murió cinco años después y Milton Bradford se dedicó intensamente a aumentar su fortuna. Sus empresas mineras le permitieron exportar enormes cantidades de metales preciosos a la Tierra, de modo que antes de cumplir los cuarenta años poseía ya una fortuna incalculable.

Milton no tenía más que dos verdaderos amores: su hija Telly y el whisky. Telly fue su principal compensación y su más fuerte amor. El whisky, por el contrario, terminó con su hígado y con su propia vida cuando acababa de cumplir cuarenta y dos años.

En cuanto a Telly, había escuchado el relato de las aventuras de su abuelo a temprana edad. Profundamente atraída por aquellos episodios y por la fama de Christopher Bradford, desde jovencita se propuso que algún día emprendería un viaje al sistema solar Beta con el objetivo de explorar el planetoide Watárix y buscar a su abuelo. Porque ella, aunque no pudiera explicárselo racionalmente, pensaba que su abuelo aún estaba vivo.

—Pero ¡qué locura! —le regañó más de una vez su padre, hombre de gran sentido práctico—. Si mi padre viviera, tendría ya unos setenta años. Por desgracia, debió fallecer en algún accidente casual. O tal se extravió y falleció de inanición. Me consta que sus compañeros de expedición hicieron cuanto pudieron por encontrarle. Si ellos, hombres experimentados, no lograron hallarle, ¿cómo podría hacerlo una muchachita descocada como tú?

Cuando su padre murió, Telly Bradford acababa de cumplir veintiún años. Lejos de olvidar sus proyectos de adolescente, el viaje a Watárix se había convertido para ella en una verdadera obsesión.

Para entonces, había logrado reunir una abundante documentación sobre la persona de su abuelo. Tenía una fabulosa colección de videos sonoros, que había visionado docenas de veces, de modo que la personalidad de su abuelo llegó a ser para ella más familiar que la de su propio padre.

Un día decidió acudir al gabinete de fraulein Sarah Carlsberg, una famosa vidente de Megalópolis Enea, de la que se contaban hechos prodigiosos. Previamente, Telly se había asegurado de que la vidente no pudiera obtener más documentación sobre Christopher Bradford que los viejos testimonios de sus compañeros de aventuras, la mayoría de los cuales habían fallecido ya.

Fraulein Carlsberg era, ciertamente, una mujer impresionante. Aunque su apellido delataba su origen teutón, su rostro y su silueta reflejaban la espiritualidad propia de las mujeres hindúes. Tenía una figura delgada y esbelta, unas facciones angulosas y finas, ojos

oscuros, profundos y hundidos, de singular brillo y penetración y unas manos perfectas y expresivas.

Cuando Telly apareció en la puerta de su gabinete, fraulein Carlsberg la invitó a pasar con un gesto cortés y unas enigmáticas palabras:

—Adelante, miss Bradford. Hace tiempo que la estoy esperando.

—¿Cómo ha dicho? — murmuró Telly, asombrada.

—Ha oído bien: he dicho que hace tiempo que la aguardaba, que esperaba su visita. Incluso conozco el motivo que la traído aquí.

Telly sonrió, irónica.

—¿Está segura, fraulein? — preguntó, escéptica.

—Por completo, señorita. Pero sígame, por favor.

La guió hasta un salón decorado sobriamente y tenuemente iluminado con Amparas ocultas que expandían una luz azulada, evanescente.

—Siéntese, se lo ruego —pidió fraulein Carlsberg a su visitante. Ella se sentó enfrente y dirigió a Telly una mirada penetrante, aunque amable.

A Telly le sorprendió la sencillez de aquella estancia y la ausencia de símbolos y objetos relacionados con la especialidad de la Carlsberg, tales como la clásica bola de cristal, el sempiterno búho disecado o el inevitable gato negro.

—Señorita Bradford, usted ha venido aquí para saber si su abuelo, Christopher Bradford, vive aún. Pues bien, yo puedo asegurárselo: su abuelo está vivo —declaró sorprendentemente la vidente.

Naturalmente, Telly se sintió muy asombrada. Precavidamente, había evitado hablar de su visita a fraulein Carlsberg a sus amigos. ¿Cómo había adivinado ésta el motivo de su visita?

La propia vidente lo confesó instantes después:

—Cuando caigo en trance, suelo tener visiones o percibir llamadas de personas que se encuentran en dificultades. Hace ya varios años, fue en 2292, caí en trance un atardecer, después de sufrir una terrible jaqueca. Fue entonces cuando escuché aquellas voces viriles, pronunciadas en un tono muy excitado y urgente.

—¿Qué voces? —inquirió Telly, todavía desconfiada.

—¿Quiere oírlas? —respondió fraulein—. Nada más fácil, pues siempre que presiento la inminencia del trance suelo conectar un magnetófono sobre la mesa.

La vidente se incorporó, abrió la vitrina de un mueble próximo y sacó un pequeño magnetófono, en el que incluyó una micro-*cassette* seleccionada de un bello estuche guarnecido en piel negra.

—Escuche con atención —exigió fraulein—. Va a oír algo que la

sorprenderá.

Telly respingó sobre su asiento al oír las siguientes palabras:

«A cualquiera que pueda captar mi mensaje: me llamo Christopher Bradford y necesito ayuda. Aunque sospecho que mis familiares me creen muerto, estoy vivo y me encuentro en el planetoide Watárix, del sistema solar Beta. Durante largos años he sobrevivido en la soledad, hasta reencontrarme con las criaturas verdes de las lagunas situadas al norte de la Jungla de Kuu-Lanyin A lo largo de varios años he convivido con estos hombres y mujeres, pero ahora, próxima mi muerte, siento la necesidad de volver con los míos. Por ello dirijo este mensaje urgente a mis sucesores. ¡Os ruego que vengáis a buscarme! Después de tantos años de vida solitaria, expuesto a mil peligros, necesito vuestra compañía y vuestro consuelo. ¡Venid!»

—Pero... ¡es la voz de mi abuelo! —exclamó Telly, atónita.

—Ya se lo advertí desde el principio —asintió la vidente, deteniendo el magnetófono—. En efecto, ésa era la voz de su abuelo, el señor Bradford. Sin embargo, él nunca llegó a pronunciar esas palabras.

—¿Qué quiere decir? —preguntó la joven, pasmada de asombro.

—Su llamada llegó a mi cerebro telepáticamente y fui yo, en estado de trance psíquico, la que habló. Es un fenómeno corriente para mí —explicó fraulein Carlsberg.

Telly quedó en suspenso, meditando sobre lo que acababa de oír.

—¿Eso es todo? — preguntó al cabo.

—Esa fue la grabación que hallé en la cinta cuando volví de mi trance. He guardado la cassette desde entonces, presintiendo que usted vendría a consultarme un día u otro —respondió la vidente.

Telly depositó un crecido donativo sobre la mesa y se despidió de fraulein Carlsberg. Durante varios días se alejó de sus amigos habituales, profundamente abstraída en sus pensamientos.

Luego fue a visitar a sus tíos y primos y les anunció que había decidido organizar una expedición para el rescate de su abuelo. Sus parientes se burlaron de ella, primero, y la despidieron después con cajas destempladas, tomándola por loca.

Sin embargo, en su círculo de acomodados amigos la revelación de Telly Bradford causó sensación.

—¿Un viaje al sistema solar Beta? ¡Apasionante! —exclamó la frívola Dolly McLane.

Dentro de la sociedad de Megalópolis Enea, la vida era tan fácil, confortable y lujosa, que los jóvenes se aburrían soberanamente.

—Demasiado arriesgado para mí —opinó él bello Blake Thorpe—. Desde que tu abuelo se extravió en Watárix, han transcurrido casi

treinta años. Nadie ha vuelto a intentarlo. Eso significa que la aventura es demasiado arriesgada.

—¿Ni siquiera lo harías... por mi? —preguntó Telly con una sonrisa cautivadora.

Y Blake se rindió. Como él decía, las aventuras y él suponían dos mundos distintos, pero por estar junto a la bellísima rubia era capaz de cometer un exceso.

A pesar de muchas opiniones adversas, Telly estaba decidida. En seguida se puso en contacto con Randolph Griegson, de las factorías astronáuticas Bradford.

—¿Construir un nuevo transbordador espacial? ¿Para qué? Disponemos de la *Trans-Station-1*, todavía en perfectas condiciones y situada en órbita alrededor de Marte. Actualmente, está en servicio como observatorio meteorológico, pero yo podría arreglar ese asunto — respondió Griegson.

—No quiero utilizar la *Trans-I*. Demasiado vieja, demasiado lenta. Quiero algo actual, mucho más seguro y rápido —exigió Telly.

Y a partir de aquel momento los ingenieros trabajaron febrilmente para producir los planos de la futura *Trans-Station-II*, el transbordador espacial más veloz y versátil de los construidos hasta entonces.

Telly contrató personalmente a la tripulación y eligió a las personas que habrían de acompañarla al sistema solar Beta. Naturalmente, todos los miembros de la expedición eran amigos de Telly Bradford, pero ella procuró elegir a los más decididos y capaces.

Entretanto, los vehículos de la factoría Bradford habían dado comienzo al montaje en el espacio exterior de la *Trans-Station-II*. Durante setenta días, las aeronaves volaron sin cesar mientras los expertos ensamblaban los elementos a doscientos mil metros de altura.

Al fin, el transbordador espacial estuvo terminado y los expedicionarios ascendieron hasta el vehículo que habría de llevarlos al distante sistema solar Beta.

En la opinión de la mayoría, se trataba de una aventura temeraria y caprichosa, propia de unos individuos podridos de dinero que se aburrían soberanamente. Para Telly Bradford suponía mucho más: significaba un desafío a su osadía y a su capacidad de inventiva. Pero además tenía un singular interés en comprobar si fraulein Carlsberg le había dicho la verdad o si, sencillamente, la había estafado.

[1] Ciudad Grande, en griego.

CAPITULO III

Se oyó un leve rumor en el exterior y Telly despertó bruscamente. De un manotazo apartó la manta con la que se cubría y se incorporó.

A contraluz de la fría luminosidad del amanecer, distinguió una silueta gigantesca en la entrada de la caverna.

Telly exhaló un gritito de espanto y manoteó a su alrededor hasta que sus dedos palparon el fusil.

Alzándolo con decisión, apuntó al hombre y gritó:

—¡Largo de aquí!

King-Kong se movió. Tímidamente, extendió un brazo y dijo:

—Pero, señorita Bradford, Blake Thorpe debe estar rígido ya. Es preciso darle sepultura.

Telly volvió en sí bruscamente. La realidad, fría y desnuda, la sobrecogió.

Blake había muerto finalmente, dejándola desamparada. Y lo que era peor: ahora tendría que enfrentarse al repugnante King-Kong Harroway.

Apretó las mandíbulas; sus dientes produjeron un leve chirrido.

—¡Márchate! —gritó a Harroway—. ¡No permitiré que pongas tus zarpas de carroñero sobre el cuerpo de mi pobre Blake! ¡Antes te...!

De nuevo dirigió el cañón del arma hacia el corpachón de Lon Harroway. Pero él no pareció impresionado lo más mínimo. Sólo parecía entristecido.

—Como quiera —dijo el hombre, encogiendo sus anchísimos hombros—. Sin embargo... Es peligroso que continúe cerca de ese cadáver. En Watárix, las temperaturas son muy elevadas. El cuerpo de Blake Thorpe se corromperá en seguida y...

Telly se estremeció. Luego, conmovida, acarició el rostro cadavérico de Blake, tan frío que la joven apartó su mano, asustada.

—¡Vete! —repitió—. No conseguirás tu presa, King-Kong.

—Me llamo Lon Harroway, señorita Bradford. Y le aseguro que no pretendo hacerle el menor daño. Yo... puedo ayudarla, señorita. Necesitará alimentos, agua...

—¡Vete! —chilló ella, descompuesta, al advertir que Harroway daba unos pasos dentro de la cueva.

Se marchó, sí, pero sin prisas, como si no le importara la amenaza del arma destructora. Y desapareció.

Telly se esforzó en borrar de sus retinas la imagen abominable de King-Kong, de su salvaje rostro ensombrecido, de sus cabellos

enmarañados y sucios.

Pero cuando, un momento después, se contempló en un espejito, advirtió que también ella estaba despeinada. Y sus cabellos, siempre limpios y brillantes, aparecían ahora sin brillo, sucios, grasientos y pegajosos. Su rostro estaba pálido y demacrado y sus mejillas estaban llenas de churretones.

Arrojó de sí el espejo con rabia.

«Me he metido en un callejón sin salida —caviló—. Muertos todos mis compañeros, puedo considerarme perdida. Mientras Blake estuvo vivo, pude considerarme a salvo del acoso de King-Kong, pero ahora... Acabaré por ceder a la fatiga y al cansancio, me vencerá el sueño y él caerá sobre mí. Porque estoy segura de que me odia a muerte. Me matará, sí, pero antes se tomará la revancha a mis burlas y desprecios. Porque a pesar de todo, sé que él me desea. Sí, me desea vivamente, salvajemente. Pero yo no permitiré que me mancille, que me ensucie. Antes... Bueno, cuando haya llegado el último momento, volveré este fusil contra mi y todo habrá terminado.»

Los recientes sucesos acaecidos a lo largo de las últimas cuatro semanas le habían obligado a olvidarse de la misión que la había traído a aquel distante y hostil mundo: el rescate de su abuelo, el temerario Christopher Bradford.

Recordándolo ahora, Telly se arrepintió de haber venido. Aunque el objetivo final de su odisea tenía un motivo noble —encontrar a su abuelo—, era evidente que directa o indirectamente, había llevado a la muerte a sesenta personas, todas ellas muy próximas, amigos y amigas entrañables.

Bebió un poco de agua e inmediatamente sintió el aguijón del hambre. Era lógico: llevaba más de cuarenta y ocho horas sin ingerir otra cosa que agua.

No había comido, aferrada obsesivamente a la idea de que Blake se salvaría finalmente. El, por otra parte, se había comportado heroicamente, aguantando en pie y disimulando su debilidad para no alarmar a Telly. Hasta que la enfermedad pudo más que él y Blake terminó derrumbándose, después de que King-Kong se llevase el cadáver del último de sus amigos, el alegre Larry McQuinn.

El frívolo McQuinn había bromeado hasta el final. Apenas le quedaba una hora de vida, cuando tomó una mano de Telly, la oprimió y dijo:

—Ten cuidado con King-Kong. Si te vieras obligada a ceder por la fuerza a sus exigencias sexuales, podría ocurrir algo terrible. ¡Imagina que, nueve meses después, trajeras a este mundo una

camada de pequeños y peludos gorilas!

Oyéndole, Telly se estremeció. Pero Larry reía su broma a grandes carcajadas. Luego, arrojó una bocanada de sangre por la boca y estuvo a punto de perecer ahogado. Su agonía duró poco más de veinte minutos.

Y ahora, Telly recordaba todo esto con una mezcla de añoranza y estupor.

El sol se iba elevando más allá de la muralla vegetal de Kuu-Lanyin y la luminosidad, dentro de la caverna, iba en aumento. Ya podía ver los rudos relieves de las rocas, sus pequeñas hendiduras y los agujeros excavados por las aguas en la alta bóveda. Y de nuevo recordó que tenía hambre.

Sintió un rumor de pasos próximo y sus músculos se pusieron rígidos. De un zarpazo salvaje —una reacción animal que a ella misma le sorprendió— aferró el fusil y se previno. Pero los pasos se alejaron pausadamente.

Luego escuchó el rítmico sonido de un hacha: toc, toc, toc. Indudablemente, King-Kong estaba troceando leña.

«¿Para qué?», se preguntó, vacilante.

Una atroz imagen se fraguó en su mente: *King-Kong despedazaba un cadáver humano y ponía grandes tajadas de carne sobre las brasas.*

Estuvo a punto de lanzar un chillido histérico, pero se contuvo.

«Calma —se dijo—. Si permito que mi imaginación se desborde, acabaré volviéndome loca en estas soledades.»

Fuera, se oyó crepitar una lumbre. Y poco después, se expandió en el aire un penetrante y agradabilísimo aroma a carne asada.

Sigilosamente, se incorporó y atisbó desde la boca de la cueva.

King-Kong se encontraba a unos quince metros de distancia; inclinado sobre una hoguera, asaba cuidadosamente un par de perniles del gamo que acababa de descuartizar, y cuya parte superior aún colgaba de la rama de un árbol próximo.

La boca se le hizo agua literalmente. Tragó saliva y aspiró profundamente el humo que provenía de la lumbre.

Como si presintiera su presencia, King-Kong alzó la mirada en tal momento y la vio.

—Venga a comer —dijo el hombre, apaciblemente—. He cazado un joven gamo esta mañana, sirviéndome de una vara aguzada, y hay carne abundante. ¡Venga! Si no se alimenta adecuadamente, enfermará.

Pero ella giró sobre sus talones y volvió rápidamente al cobijo de la cueva.

Algunos insectos revoloteaban, insistentes, sobre el cadáver de

Blake. Viendo aquello, la mujer se estremeció.

Aquel rostro que había sido tan bello, apenas era ahora una calavera macilenta y poblada de manchitas oscuras.

Rabiosa, espantó a los insectos y cubrió piadosamente el cadáver de Blake con la manta. Luego retrocedió hasta el fondo de la cueva y se sentó en el suelo.

Pero el aroma de la pitanza que penetraba a través de la boca de la caverna la inquietaba intensamente. ¡Qué horrible martirio, poder hartarse de comida y despreciarla para…, para despreciar, de esta forma, a King-Kong!

Recordó, de pronto, las palabras que él le había dirigido. Se mostraba como un hombre solícito, cordial, comprensivo, pero todo era pura farsa. Sin duda, Harroway intentaba que ella se confiase para…

«Si no se alimenta adecuadamente, enfermará», había dicho el gigante.

Y ahora, Telly se preguntó, estupefacta:

«¿Por qué él y yo no hemos enfermado, por qué estamos vivos cuando todos los demás han muerto?»

El doctor Gardiner les había prevenido, antes de morir, contra las picaduras de los insectos de las ciénagas… Aquel hombre, que al principio no había concedido la menor importancia a las picaduras de «mosquitos tan normales como los de la Tierra», había terminado por comprender, antes de morir, que las picaduras de aquellos «mosquitos» podían resultar mortales.

Telly recordaba haber visto a King-Kong envuelto en una espesa nube de mosquitos, a los que intentaba —inútilmente— ahuyentar moviendo sus largos brazos como aspas de molino.

«A él también le picaron aquellos venenosos insectos, es evidente —reconoció Telly—. En cuanto a mí, me asaetearon sádicamente con sus lancetas. Pero…»

Pero ni ella ni Harroway habían resultado afectados por la terrible enfermedad, curiosamente.

Larry McQuinn, siempre tan observador como cáustico y burlón, había comentado, poco después de sufrir el primer absceso de fiebre:

—¡Es increíble la suerte de ese gorila! Me refiero a King-Kong, naturalmente. Ese tipo parece invulnerable al veneno de esas pequeñas alimañas voladoras. Y, por cierto, a ti te ocurre otro tanto. *Shocking!* —acompañó su exclamación con un leve tortazo en su propia frente—. A ti tampoco te hacen efecto los picotazos de esas malignas y diminutas bestias.

—Pues… es cierto — respondió Telly, sobresaltándose—. Durante

los últimos días he estado tan ajetreada, que ni siquiera me había parado a pensarlo. Pero es verdad. ¿Cómo puede explicarse esto?

—Es posible que tanto King-Kong como tú estéis inmunizados contra las picaduras de esos insectos. Se dan casos semejantes. Y ¡por cierto! —volvió a golpearse la frente con la palma de la mano —. Esto me sugiere una posibilidad.

—¿A qué te refieres? — indagó Telly, expectante.

—Me temo que todos los afectados vamos a morir implacablemente —una mueca que pretendía ser sonrisa crispó sus labios—. Sí, moriremos todos, querida Telly. Todos… menos ese gigantesco antropoide y tú. ¡Menudo panorama! Solos en este maldito planeta, tú acabarías por entregarte a King-Kong. Y en cualquier caso, de nada valdría que te resistieras: King-Kong acabaría tomándote por la fuerza. ¿Te imaginas entre los peludos brazos de ese gorila, querida Telly?

Ella palideció.

—¡Jamás! —bramó—. No me entregaría a ese repugnante monstruo aunque fuera el único hombre en todo el Cosmos. En cuanto a que él me tomara por la fuerza, ¡te juro que lo impediría por cualquier medio!

Ahora, mientras se resistía tercamente a la tentación de abandonar la cueva y robar un pedazo de suculenta carne asada, Telly Bradford reflexionaba tristemente. Reconoció que ni ella ni sus amigos se habían comportado humanitariamente con King-Kong.

Si, al principio, Lon Harroway había sido contratado como encargado de la seguridad y explorador avezado, todo ello habían resultado simples palabras escritas sobre el papel.

Harroway había estado en Ganímedes, donde todavía se llevaban a cabo asentamientos humanos y prospecciones mineras, y su veteranía era apreciada entre los más cotizados exploradores espaciales. En cuanto a su imponente humanidad y a sus conocimientos de los animales salvajes, suponía una evidente garantía de seguridad.

A bordo, sin embargo, todos le habían despreciado. Y lo que era peor: se habían burlado de él y le habían hecho objeto de los más humillantes escarnios.

¿Se había apartado él de los expedicionarios o… eran precisamente éstos los que le habían obligado a recogerse en sí mismo?

Había sido precisa una demostración de fuerza por parte de aquel gigante para que le respetasen de alguna forma. Aunque no cabía duda de que le habían odiado en secreto y habían seguido

discriminándole, incluso en mayor medida.

Ya en Watárix, nadie le había dirigido la palabra, despreciándole ostentosamente. Dirk Köhner, piloto de la aeronave *King-plane* que les había transportado desde la *Trans-Station-II* a Watárix, era el único que se comunicaba verbalmente con él y ello solamente para encargarle del trabajo a realizar en tierra. Simplemente: Harroway debía cuidar de la seguridad de los expedicionarios, pero a distancia. Era él quien abría paso en medio de la jungla el que avanzaba en solitario cuando oían el rugido de una fiera, el que se mantenía en vigilancia perpetua durante la noche para evitar que los animales feroces de Watárix se acercasen al campamento. Nada más.

Harroway dormía aparte —cuando podía—, comía aparte, vivía aparte. No hablaba con nadie y nadie se acercaba a él.

Telly interrumpió sus pensamientos al percibir que alguien se acercaba.

Era King-Kong, quien, con su imponente estatura, veló parcialmente la luminosidad que reinaba en el interior de la cueva.

La mujer se envaró. Aferrando rígidamente el fusil entre sus manos, encañonó al intruso.

Pero King-Kong se limitó a depositar en el suelo un plato de plástico lleno de jugosos pedazos de carne asada.

El hombre permaneció unos segundos inmóvil, como si esperara algún gesto por parte de la mujer. Luego, comprobando que ella permanecía en una actitud ceñuda e impenetrable, amenazándole con el fusil, se marchó.

Al cabo de unos minutos, Telly se incorporó, cautelosa, y avanzó hacia la boca de la cueva.

Harroway se había sentado sobre un tronco caído y devoraba con fruición un pernil de gamo. Debía poseer un oído finísimo, pues —aunque Telly estaba convencida de no haber producido el menor ruido— el hombre alzó vigorosamente la cabeza y la vio.

Telly vaciló.

¿Qué mal podría haber en aceptar aquellas viandas? Necesitaba comer urgentemente, todos sus sentidos la empujaban a tomar el plato y devorar la carne.

Ya se inclinaba, cuando recordó las irónicas palabras de Larry McQuinn:

«Todos moriremos... menos ese gigantesco antropoide y tú. ¿Te imaginas entre los brazos peludos de ese gorila, querida Telly?»

La desconfianza la obligó a incorporarse violentamente. Luego miró a King-Kong y, en una explosión, iracunda, dio una patada al plato y volcó la comida en el polvo.

King-Kong siguió mirándola hasta que ella giró y desapareció en la cueva. Luego movió la cabeza, pesaroso.

CAPITULO IV

Al atardecer, el cadáver de Blake Thorpe exhalaba un hedor insoportable y una manada de insectos negruzcos pululaba por encima del cuerpo tapado con una manta.

El aire era irrespirable, denso, viciado. El hedor y la repugnante proximidad de aquellos gruesos insectos necrófagos le produjo náuseas que desembocaron en violentas arcadas.

Fue un momento terrible. Apoyada en los muros rocosos, sus entrañas se alborotaban violentamente, a pesar de lo cual sólo fue capaz de expeler un poco de bilis.

Al fin, sacó fuerzas de flaqueza para beber un poco de agua y luego, sí, arrojó un chorro líquido a través de sus labios.

Cuando al acceso cesó, se dejó caer al suelo, exhausta.

El sol se marchaba ya, pero los insectos seguían zumbando dentro de la gran caverna.

Si no hubiera tenido tanto orgullo —y tantos temores inciertos—, hubiera corrido al exterior y suplicado a King-Kong que sacase aquel cadáver de allí.

Pero no: debía mantener su postura hasta el final. No podía fiarse del gigante de facciones primitivas.

Cuando llegó la noche, volvió a oírse el crepitar de los leños en el exterior. A través de la boca de la cueva penetró un fulgor rojizo, intenso y alegre. Por fin, los insectos se marcharon, atraídos por la fuerte luz exterior y la caverna quedó silenciosa y en penumbra.

Desde la entrada, vio que King-Kong había encendido una gran fogata y asaba al fuego el resto de la carne del gamo.

—¡Dios mío! —murmuró, desfallecida—, ¡*Tengo hambre*!

Pero volvió al fondo de la cueva y se dejó caer al suelo.

El resplandor rojizo de la hoguera se proyectaba sobre la bóveda de la oquedad y se reflejaba sobre el bulto alargado, inconsistente, del cadáver de Blake Thorpe.

—Blake, te fuiste —murmuró—. Ya nada puedes hacer por mí.

Siempre era así: eran otros lo que tenían que hacer algo por ella.

Desde luego, su padre la había mimado con exceso y ahora Telly Bradford sufría los resultados de una personalidad inmadura, incierta, incapacitada para resolver por sí sus propios problemas.

La hoguera fue extinguiéndose lentamente, hasta que apenas penetró en la cueva un poco de luz difusa.

También el calor diurno se esfumaba al mismo tiempo que la luz

de la hoguera. Un escalofrío estremeció a Telly, que finalmente se incorporó y se acercó al cadáver de Blake, dispuesta a arrebatar la manta que lo cubría.

Pero apenas hubo levantado un poco la manta, el hedor se tomó más intenso y Telly retrocedió, asqueada, resignada ya a tiritar durante el resto de la noche.

La noche era oscura, impenetrable. Pronto —quizá dentro de una o dos horas— surgiría en el firmamento el disco de la pequeña luna de Watárix, que expandiría su clara luz sobre la superficie del planetoide.

La temperatura descendía ostensiblemente. En la lejanía se oyó el ululante aullido de una hiena.

Telly se estremeció. Había visto a aquellas horrendas bestias una noche, a la luz de la luna, vagando en manadas compuestas por quince o veinte animales. Eran enormes, del tamaño de un asno. En el silencio de la noche, Telly se había estremecido de horror al escuchar el crujir ominoso de sus mandíbulas pulverizando los huesos de una carroña.

Para distraer sus pensamientos, Telly intentó averiguar qué hacía en aquellos momentos King-Kong.

Probablemente, se guarecía en una de las oquedades situadas en un plano superior, a las que se llegaba a través de un empinado y angosto sendero.

¿Estaría él aguardando a que ella se durmiera para caer sobre Telly por sorpresa? Al compás de tales pensamientos, la mujer aferró con mayor energía el fusil-láser y se incorporó un poco.

Sin embargo, la fatiga fue superior a sus temores y finalmente se durmió.

Despertó, despavorida, al escuchar un gruñido animalesco. Su primera reacción consistió en aferrar la culata del fusil. Después alzó su mirada hacia la entrada de la cueva y quedó petrificada de espanto.

¡Cuatro grandes hienas se hallaban apostadas a la boca de la caverna y olfateaban, inquietas, con sus hocicos a ras de tierra, atraídas por el hedor del cadáver de Blake Thorpe!

Apretó el disparador del arma y el rayo pasó por encima de las bestias y arrancó un chisporroteo azulado de la roca. Aunque se sentía al borde de sus nervios, rectificó la puntería y tomó a disparar.

Uno de los corpulentos animales cayó fulminado y los restantes huyeron a la desbandada, lanzando al aire sus aullidos medrosos.

Pudo oír perfectamente los precipitados latidos de su propio

corazón. Pero algo atrajo inmediatamente su atención: rayos flamígeros y rectos cruzaban la noche en el exterior. Pasmada de asombro, vio caer cuatro bestias a la luz de los rayos. Se oyeron los jadeos estertorosos de las hienas que agonizaban y los gruñidos temerosos de las que huían, perdiéndose en la noche al compás de su cobarde galope.

Luego todo volvió a quedar en silencio.

Sin embargo, Telly se sentía ahora mucho más intranquila, completamente en vilo.

¡King-Kong estaba armado! Tenía en su poder otro temible fusil-láser, lo que aumentaba considerablemente los temores de la mujer.

De alguna forma quizá influida por el hecho de verle aparecer desarmado a lo largo de los últimos días, Telly había imaginado que él no disponía de un fusil. Sospechaba que Harroway esperaba que se produjera, por parte de la mujer, un momento de debilidad para caer sobre ella, desarmarla y tenerla a su merced.

No era así. King-Kong estaba armado. Y en aquel memento, Telly no consideraba que él permanecía vigilante y dispuesto a defenderla del ataque de las fieras. Su estado de tensión la obligaba a seguir temiendo un ataque por parte de aquel hombre gigantesco.

Hizo cuanto pudo por permanecer despierta.

En hipótesis, esto no era muy difícil. Con el estómago vacío y obligada a respirar el aire nauseabundo de la cueva, el cuerpo no se entregaba relajadamente al descanso.

Pero toda naturaleza tiene un límite y Telly cedió al fin. Cuando apareció la clarísima luna de Watárix en el horizonte, la oscuridad huyó y un fuerte resplandor plateado penetró en la caverna.

Veía perfectamente a su alrededor y esto obró en ella como un sedante. Poco después estaba profundamente dormida.

Despertó cuando el sol estaba ya muy alto en el horizonte. Lo primero que hizo, instintivamente, fue olfatear el aire.

No se percibía ya el hediondo olor del día anterior. Por el contrario: el ambiente era perfumado y agradable.

De pronto, se alzó de un respingo.

—¡El cadáver de Blake ha…, ha desaparecido! —murmuró torpemente.

Una manta limpia cubría su cuerpo. Telly la olfateó con desconfianza, pero aquella pieza estaba impecable y sólo olía al aroma característico de las prendas confeccionadas con fibras sintéticas.

Había algo más: numerosos manojos de fragantes flores cubrían los bordes de la manta isoterma

Sin embargo, un nuevo descubrimiento le puso sus nervios de punta: su fusil había desaparecido. En su lugar, una bandeja de plástico con un gran pedazo de carne.

Telly olfateó el manjar y luego, impulsivamente, comenzó a devorarlo a grandes bocados. Cuando terminó, se sintió impura y humillada, pero al menos el estómago había dejado de dolerle.

«King-Kong me ha robado el fusil —caviló—. Ahora estoy enteramente a su merced.»

Tomó del suelo el grueso cayado que Blake había usado hasta que la fiebre le rindió. En actitud furtiva y dispuesta a defenderse desesperadamente, asomó a la boca de la caverna.

Harroway se hallaba en el centro de la explanada y parecía abstraído, mientras ataba concienzudamente un envoltorio de plástico.

Guiado por su aguzado instinto, el hombre se volvió y la miró.

—Me alegro de que haya despertado, señorita Bradford —dijo—. Precisamente me disponía a entrevistarme con usted... antes de marchar.

—¿Marchar? ¿Adónde?

—La situación se ha hecho insostenible aquí. Nuestros camaradas han desaparecido y las provisiones se han terminado. Pienso volver al lugar donde dejamos el *Hover-craft*. Allí queda un lote de provisiones de emergencia, armas y medicamentos. De todas formas, será inútil volver al lugar donde se encuentra nuestra aeronave *King-plane*. Yo no sé pilotarla ¿Sabe usted?

Telly negó con un movimiento de cabeza.

—En tal caso, sólo tenemos una solución: recorrer en el *Hover-craft* los cuatrocientos kilómetros que nos separan del *King-plane* y enviar un mensaje al coronel Granjer. Según tengo entendido, cuentan con otra aeronave a bordo de la *Trans-Station-Il*. Si reciben nuestro SOS, uno de los pilotos de Granjer podría descender a tierra y rescatamos. Si piensa venir conmigo, cálcese unas botas y vístase un equipo de exploración. Estoy dispuesto a emprender la caminata ahora mismo, aunque rodeando la jungla de Kuu-Lanyin.

Telly golpeó, impaciente, el piso con un pie.

—No voy a ir con usted. Si está decidido, ¡márchese! —escupió.

El hercúleo Harroway se mostró indeciso.

—Pero, señorita Bradford, yo sigo siendo el encargado de la seguridad de la expedición y me siento responsable de cuanto pueda ocurrirle — protestó.

—Escúcheme de una vez: yo nada tengo en común con usted. Seré muy feliz en el momento que me deje sola. Prefiero perecer en

soledad, a viajar en su compañía. ¿Qué espera? ¡Lárguese ya, maldita sea! —chilló, descompuesta.

—Está bien —se decidió el hombre—. Sólo le pido una cosa: no se aventure fuera de esa cueva. Como pudo comprobar anoche, manadas de animales feroces pululan por los linderos de la jungla Mantenga una fogata encendida a la entrada de la cueva: el fuego suele alejar a las fieras. Ahora... Le dejaré algunas provisiones y su fusil-láser.

—¿Por qué me lo robó? — indagó ella tremante.

—Porque en su estado de nervios hubiera cometido una temeridad, de la que, tal vez, se habría arrepentido más tarde — respondió Harroway.

Como acababa de prometer, dejó un paquete colgado de una rama de un árbol próximo, en cuyo tronco recostó el arma de Telly Bradford. Luego, perfectamente equipado, se cargó su macuto a la espalda, tomó el fusil y se alejó.

Cuando estuvo sola Telly se derrumbó. Perdido por completo el ánimo, imaginó el horror de unas cuantas noches en solitario, asaltada por una manada de hienas corpulentas como asnos, hambrientas y mostrando ferozmente sus largos colmillos.

Apresuradamente, recogió el fusil y el paquete de provisiones, se vistió el equipo de exploración, se calzó las botas y corrió en pos de Harroway.

—¡Dios mío! —gimió, acongojada—. Harroway me repele hasta la náusea, pero debo admitir que dependo de él por completo.

Dominada por el pánico, caminó a paso vivo a través de la sabana en pos del hombre. Al cabo de unos minutos, la gigantesca silueta de Harroway apareció por encima de las altas hierbas que se mecían a impulsos de la brisa. Entonces, Telly refrenó sus pasos y caminó en pos de él, a una distancia de doscientos metros.

Harroway, por su parte, avanzaba pausadamente, escogiendo el camino con cuidado y eludiendo las traidoras ciénagas disimuladas bajo un leve manto de vegetación flotante.

Sin embargo, el paso del hombre era más largo que el de la mujer y Telly comenzó a sentir fatiga al cabo de una hora de caminata.

Harroway se encontraba ya a más de trescientos metros de distancia y rodeaba una loma arbolada. Con el fin de atajar, Telly decidió cruzar el bosquecillo. No bien había dejado atrás los primeros árboles, cuando las frondas se movieron y se oyó un gruñido profundo, animalesco.

Se oyó el chasquido de las ramas tronchadas bajo un peso descomunal y apareció la impresionante cabezota de un jabalí tan

corpulento como un bóvido. Paralizada por el pánico, primero, e impulsada por el instinto de conservación después, la joven retrocedió apresuradamente, sin recordar que un solo disparo de su fusil bastaría para derribar al monstruo de grandes colmillos e hirsutas crines de medio metro de longitud.

Su huida fue tan atolondrada que sus pies se enredaron en la maleza y cayó violentamente. Cuando, pálida de miedo, se incorporó, el gigantesco jabalí cargaba ciegamente contra ella. Y, lo que era peor, Telly había perdido su arma

Rodó sobre sí misma en el último momento, cuando los colmillos de la fiera, afilados como alfanjes, lanzaron un destello marfileño a la luz del sol.

Se oyó un crujido y un arbusto tan grueso como un brazo humano fue cortado por la tremenda tarascada del jabalí, el cual, frenada su embestida a quince metros de distancia gruñía sordamente y volvía a lanzarse sobre su presa.

Entonces, á, brotó el alarido estridente y desesperado de la garganta de la mujer. El chillido traspasó las frondas y asustó a una bandada de vistosos faisanes, que se elevaron en el aire lanzando graznidos asustados.

—Si esa fiera me acierta con sus colmillos, es capaz de abrirme en canal —murmuró Telly, sobrecogida. Y se incorporó de un salto y corrió hacia el árbol más próximo.

Detrás de ella resonó el fragor que producía el jabalí en su irrefrenable carga.

Telly había llegado hasta el árbol, pero su temor era tan profundo, que intentó subir y no pudo. Sus botas resbalaban una y otra vez en el tronco y sus brazos se negaban a realizar el esfuerzo necesario para izarla a lugar seguro antes de que la fiera la atacara por segunda vez.

Desesperadamente, se volvió, contempló a la fiera en su espectacular carga y... sus piernas se doblaron, incapaces de mantenerla en pie.

Abandonada a lo irremediable, Telly se tapó el rostro con ambas manos, al tiempo que lanzaba al aire sus histéricos chillidos.

Se oyó de repente el zzzsss característico de un disparo láser, seguido de los crujidos y chasquidos de los arbustos, tronchados bajo un peso descomunal.

Telly apartó las manos de su rostro y vio la masa imponente, todavía palpitante, de la fiera, derribada entre unos arbustos espinosos.

A diez metros de distancia, emboscado entre los árboles más

corpulentos, Harroway bajaba pausadamente su rifle y la escrutaba con fijeza.

—Ha cometido un acto de imprudencia temeraria que pudo costarle la vida —habló el hombre con severidad—. Debió avisarme que se proponía seguirme y, sobre todo, no aventurarse más allá de mis pisadas. Yo había visto a ese jabalí hembra y a sus crías, en medio del soto. Sé que estos animales se vuelven muy agresivos cuando crían su camada, por eso rodeé el bosquecillo, ¿entiende? Y ahora, será mejor que recoja su fusil y me siga. Los jabatos, aunque asustadizos, son tan corpulentos que podrían matar a un hombre, en su desordenada huida.

Como ella permaneciera inmóvil en el suelo, Harroway avanzó hacia ella y le ofreció su mano. Pero Telly retrocedió como si la amenazase una víbora y chilló:

—¡No me toque! ¿Es que no comprende que su proximidad me da náuseas?

CAPITULO V

Harroway terminó de devorar con evidente satisfacción su jugosa porción de tapir asado, se lavó las manos con un poco de agua, se las secó con un pedazo de papel esponjoso y encendió un cigarrillo.

Frente a él, a una distancia exagerada de diez metros, Telly contemplaba tercamente el cabrilleo de las llamas de la fogata.

«¡Bestia insensible! —pensaba la mujer, obstinada en no dirigir una sola mirada al gigante—. Durante dos jornadas, me ha obligado a caminar sin descanso, hasta que mis pies se han cubierto de ampollas. A lo largo de sesenta kilómetros, he debido comerme mis lágrimas y sofocar mis gemidos de dolor. Y él está ahí, tan tranquilo como si disfrutase de un agradable e inofensivo *pic nic*..»

Le observó disimuladamente. Quizá las facciones de Harroway no resultasen tan horrendas, a fin de cuentas. Su cabellera era tan oscura, hirsuta y poblada, que le daba un aspecto salvaje y primitivo. Esta impresión quedaba acentuada por sus espesas cejas, su nariz ancha y su cerradísima barba, que apenas permitía contemplar una pequeña porción de sus facciones.

De todas formas, Telly se sentía repelida por aquel hombre. No importaba que él le hubiese salvado la vida en un par de ocasiones —para eso le pagaba, a fin de cuentas—, no importaba tampoco que ella se sintiese supeditada en todo al hombre, pues se sabía débil e indefensa en un medio tan salvaje y hostil, sin amigos, sin ternura y lejos del ambiente que le resultaba familiar.

Al principio de la caminata, Telly se había negado a comer, aunque Harroway seleccionaba para ella los trozos más suculentos y jugosos de carne y los frutos más aromáticos y maduros. Trataba, con ello, de mostrarle su eterno rencor, su hostilidad y su repugnancia

Ah, pero las necesidades físicas habían echado por tierra sus planes. El prolongado ejercicio físico y el consiguiente desgaste, tenían sus exigencias. Telly había vuelto a sentirse famélica y finalmente, aunque con disimulos, terminó aceptando las viandas que el hombre ponía a su alcance.

Ahora, mientras la lumbre se extinguía lentamente, Telly ansiaba que la caminata terminase cuanto antes. Una vez recuperado el vehículo todo-terreno, sería fácil llegar hasta el *King-plane* y radiar un urgente SOS al coronel Granjer.

Pero al llegar a este punto de sus pensamientos, experimentó una

sensación de desasosiego y frustración. Había venido al distante Watárix para rescatar a su abuelo. ¿Emprendería pues, el retomo a Megalópolis Enea sin haber cumplido su misión?

«La misión ha fracasado —intentaba convencerse a sí misma—. Yo no soy responsable, sino la terrible enfermedad que inoculan esos repugnantes insectos de Kuu-Lanyin. Lo he intentado y he fracasado. Eso es todo.»

El fuego languidecía Harroway arrojó su cigarrillo a las brasas y se puso en pie.

—Subamos al árbol y descansemos —dijo—. Es tarde.

Telly temía aquel momento. Harroway había expuesto sus temores crudamente: en aquel lugar, pululaban los felinos carniceros de hasta trescientos cincuenta kilos de peso, unas terribles fieras capaces de matar a un corpulento jabalí de una sola dentellada en el cuello (Harroway había abatido algunos de aquellos animales en las selvas de Kuu-Lanyin). Según él, los felinos de Watárix eran muy pesados y no podían subir a los árboles, razón por la cual había decidido pasar aquella noche en lo más alto de una frondosa higuera salvaje.

Pero Telly no acertaba a entender cómo podrían dormir en las alturas. Y, por encima de todo, odiaba permanecer a menos de cinco o seis metros del gigante.

De todas formas, Harroway arrojó un puñado de ramas a la lumbre y, tras colgar su macuto de una alta rama, escaló con agilidad increíble tronco arriba.

El fuego había prendido en las ramas y las llamas iluminaban un amplio círculo a su alrededor. Harroway había desaparecido en las alturas.

Luego, sobre el crepitar de las ramas, llegó del lindero de la selva un rugido profundo y feroz que heló a Telly la sangre en las venas.

Atropelladamente, saltó hacia el tronco y gateó con todas sus fuerzas. A unos tres metros de altura, su pie izquierdo falló. Hubiera caído inevitablemente, si una mano poderosa no hubiera aferrado su muñeca, elevándola vertiginosamente hacia arriba.

—No sea imprudente, señorita Bradford. Ya la previne —susurró él. Pero en cuanto Telly se aferró a una rama próxima, se separó tan rápidamente de él como si Harroway pudiera contagiarle alguna enfermedad maligna.

Abajo, resonó un segundo rugido estremecedor. Sobrecogida, Telly vio acercarse un leopardo tan corpulento como un tigre de Bengala El animal olfateó el aire, avanzó con pasos silenciosos y dirigió una mirada a lo alto. El fuego de las llamas se reflejó en sus

ojos dorados y envió un destello fosforescente a las alturas.

—No se mueva —susurró Harroway, que se encontraba unos dos metros más arriba—. Sujétese bien y no mire a la fiera. Terminará por marcharse.

—¿Por qué no dispara contra ese horrible bicho? —respondió ella, rabiosa.

—Porque, aquí, estamos a salvo. Ya le he dicho que esos felinos son incapaces de ascender a un árbol. Son grandes corredores, como la chita y el ocelote, y sus uñas se desgastan demasiado para permitirles gatear. Por otra parte, no quiero agotar las escasas cargas de mi fusil. Tal vez tengamos que enfrentar peligros mayores que éste —respondió el hombre, sin demostrar la menor inquietud.

Tal como había anunciado, el majestuoso leopardo desapareció en las sombras a los pocos minutos y Telly dejó escapar un suspiro profundo.

Sin embargo, no se sentía tranquila por completo. ¿Cómo iban a dormir en las altas ramas?

La noche anterior, Harroway había establecido el vivac junto a un acantilado, a orillas de un río de riberas boscosas. Cuando Telly se había adormecido arropada en su manta, despertó bruscamente al escuchar los pasos del hombre, que regresaba al campamento.

—¿Qué…, qué ocurre? —indagó ella, asustada—. He oído un rumor…

—Nada de importancia Puede dormir con toda tranquilidad. Le aseguro que yo velaré su sueño —respondió Harroway, que se sentó en el suelo y se cubrió con la manta, el fusil al alcance de su mano.

—¿Fiarme? ¡Sé que usted sueña con tomarse la revancha!

—¿La revancha? —exclamó el hombre, desconcertado.

—Usted me odia no disimule. Confieso que nunca le tuve simpatía y que incluso le humillé y le desprecié. Y usted no ha podido olvidarlo. Sé que intentará vengarse. ¿Y cómo conseguiría vengarse un gigante como usted en una mujer joven y atractiva?

El rió quedamente.

—Si cree que voy a aprovecharme de mi situación para violarla le aseguro que no hay tal temor. Jamás tomaría a una mujer contra su voluntad.

—¡Eso dice usted! Pero lo único que le interesa es… humillarme. ¡No irá a jurar que no me desea! He sorprendido centenares de veces sus ojos ávidos posados en mi cuerpo. Me desea ardientemente, ¡no lo niegue!

El hombre vaciló. Daba muestras de una timidez increíble.

—Pues bien, sí: la deseo como un hombre desea a cualquier mujer

hermosa. Y le aseguro que he deseado a muchas mujeres bellas, sí, muchas. Pero eso no quiere decir que yo vaya a caer sobre usted para violarla. Puede dormir tranquila. Sé que usted es la señorita Telly Bradford y yo solamente King-Kong Harroway, el experto en cuestiones de seguridad —pronunció el hombre, serenamente. Y en su voz vibraron trémolos de sinceridad.

Siguiendo su carácter, inseguro y desconfiado, Telly no creyó tales palabras. Transcurrió la noche y al amanecer recogieron sus escasos útiles y se pusieron en marcha.

A unos diez metros del vivac, Telly descubrió un largo cuerpo cilíndrico, más grueso que su propio muslo. Retrocedió, espantada, y chilló:

—¡Dios todopoderoso! ¡Una serpiente descomunal!

—Sí, una serpiente capaz de quebrantar el esqueleto de un buey —asintió Harroway con sencillez—. Vi brillar sus ojos, anoche, cuando usted acababa de dormirse. Di un rodeo y logré abatir a ese formidable reptil de un disparo antes de que se acercase al campamento. Estas serpientes son temibles por su fuerza ciclópea, pero ésa es inofensiva ya —y prosiguió la marcha.

Durante toda la jornada, Telly se mantuvo vigilante, temiendo ver aparecer de un momento a otro uno de aquellos gigantescos ofidios. Pero no ocurrió otro incidente que el del joven tapir que apareció al borde de la jungla a mediodía. Telly se asustó mucho al verle venir, pero Harroway arrojó su lanza de madera —en cuyo extremo había engastado la hoja de un cuchillo— y el tapir cayó atravesado.

Harroway le cortó ambos muslos y esa tarde la carne suculenta del tapir les sirvió de banquete improvisado.

Pero, ahora, en medio de la noche, Telly Bradford se sentía muy inquieta, aferrada con todas sus fuerzas a una rama. Por encima de ella, Harroway manejaba enérgicamente su machete, cortando numerosas ramas de alrededor de la copa. El hombre permaneció en la oscuridad durante largos minutos. Al cabo, siseó:

—Suba, señorita Bradford. Su cama está lista. Tenga cuidado.

Ascendió despacio, asegurando sus pies antes de izarse hacia arriba. La hoguera ardía aún y a la luz de sus llamas Telly advirtió que el hombre había entrelazado diestramente las ramas sobre la copa del árbol, formando una plataforma amplia y suficientemente cómoda, dadas las circunstancias.

—Tiéndase. Yo construiré mi lecho más abajo —indicó el hombre.

—Pero... ¡no puedo! Aunque lograse dormirme, podría resbalar y caer... ¡estamos a diez metros sobre el suelo! —protestó, asustada.

—Tiene razón: su sueño es extraordinariamente inquieto —

reflexionó él—. Tome este cabo de nylon. Átelo a esa rama gruesa y rodee su cintura con el otro extremo. De esta forma, evitará una caída accidental.

Ella suspiró, más relajada. E hizo lo que Harroway te dictaba. Luego él bajó. Durante algunos minutos se oyó el rumor de las ramas desgajadas. Y al fin, la fogata se extinguió y les rodearon las sombras espesas.

Telly tardó más de una hora en conciliar el sueño, pero finalmente se abandonó al descanso y durmió de un tirón hasta el amanecer.

Sus sentidos despertaron rápidamente cuando su olfato percibió el agradable aroma que llegaba desde abajo. Apresuradamente, se libró de sus ataduras y dirigió una mirada hacia el suelo.

Era el amanecer. El poderoso y dorado Beta se alzaba ya por encima de las impenetrables frondas verdes de Kuu-Lanyin. Abajo ardía una alegre fogata, sobre cuyas brasas Harroway estaba asando un faisán que acababa de cazar de un flechazo disparado por su rudimentario arco.

La mañana era luminosa, espectacular. El sol se filtraba a través de los altísimos árboles y comenzaba a bañar de luz la amplia sabana verde. Desde lo alto, Telly divisó una nutrida manada de grandes aves corredoras que emprendía un grotesco galope a través de los pastos. A unos quinientos metros, pastaban unos esbeltos gamos y más allá aún, se divisaban las moles grisáceas de unos grandes paquidermos semejantes a los rinocerontes. Del borde de la jungla, llegaban los cantos melodiosos de exóticas aves que desplegaban al sol el arco iris brillante de su plumaje.

Súbitamente, Telly se sintió traspasada por una íntima alegría. A fin de cuentas, ¿no era hermoso vivir? Hinchar los pulmones de la fresca brisa mañanera, admirar el destello cristalino de las hojas de rocío deslizándose en las anchas hojas, sentir la caricia del tibio sol… incluso experimentar un increíble apetito.

Descendió con cuidado. Harroway se volvió de pronto, aunque ella no había producido el menor ruido. El hombre la miró durante unos segundos, pero no hizo ningún comentario y ella tampoco dijo nada.

Un poco más tarde, él separó la gruesa pieza de la lumbre y la partió en dos mitades, una de las cuales dejó en un plato. Como solía hacer, Harroway se apartó unos pasos y Telly tomó su plato y comenzó a comer con gran placer y un desmedido apetito.

Comieron, pues, y Harroway apagó el fuego. Poco después reemprendían la larga marcha de unos noventa kilómetros hacia el

sudeste. Hacia las once de la mañana, divisaron la alta cordillera de montañas que se extendía de este a oeste.

Hicieron un breve descanso a la sombra, mientras Harroway vigilaba los movimientos de una manada de grandes búfalos de raros cuernos ramosos. Debía ser la época del celo entre aquellos animales, pues dos colosales machos, cada uno de los cuales debería pesar casi dos toneladas, se enfrentaban fieramente en medio de un nutrido grupo de expectantes hembras.

Incapaz de sustraerse al natural espectáculo, Telly admiró a los dos magníficos machos, que se corneaban salvajemente, desgarrándose la piel profundamente con las aguzadas puntas de sus singulares ramosidades córneas. El pelaje oscuro de los formidables bóvidos se cubrió de sangre, que chorreaba abundante hasta sus patas delanteras.

Era un espectáculo impresionante, lleno de vida, de colorido y de salvaje naturalidad. De pronto, se oyó un bronco bramido y uno de los machos cayó a tierra, arrojando un caño de sangre por su garganta desgarrada. El vencedor se irguió altivamente, berreó desafiante a los cuatro vientos y, no hallando ningún rival digno de su atención, emprendió un trotecillo tras su manada de hembras, a algunas de las cuales, más rezagadas, corneaba sin rigor. Los búfalos se alejaron finalmente hacia la laguna que destellaba al sol al borde de un alto acantilado gredoso.

Telly miró de reojo a su obligado compañero y le halló profundamente abstraído. Las aletas de su ancha nariz de púgil se habían dilatado y sus ojos, muy claros y de color indefinible, tenían un brillo de íntima excitación.

«Ese es King-Kong —pensó Telly—. Tan elemental y primitivo, tan salvaje... Sólo le atraen los espectáculos toscos, sangrientos y brutales. ¿Quién podría estimar a un hombre como éste?»

De pronto, Telly quedó en suspenso. Para ser un hombre primitivo y rudo, Harroway había tenido un increíble rasgo de delicadeza cubriendo su lecho de olorosas flores en la caverna donde muriera Blake.

«No lo hizo por mí, sino para contrarrestar el hedor que impregnaba aquella cueva», se respondió a sí misma Telly.

Se incorporó, iracunda, y Harroway salió de su arrobado estupor y la siguió.

Como siempre, él tomó la delantera y ella le siguió a duras penas, a lo largo de la sabana, cuyo verdor iba decreciendo a medida que se acercaban a las montañas.

Más allá del mediodía, cuando Telly desfallecía ya y estaba a

punto de derrumbarse, el hombre lanzó un grito gozoso y señaló el lago de sal que brillaba, cegador, a poco más de un kilómetro de distancia

—¡Allí, allí está! —exclamó el hombre alegremente.

En efecto, al borde de aquel lago desecado, se encontraba el poderoso *Hover-craft*. Recorrieron a paso vivo la distancia que les separaba del llano salado y se dejaron caer, exhaustos, sobre el borde de un desmonte salino. Descansaron durante unos minutos y luego se acercaron al vehículo.

Sin disimular un suspiro de alivio, Telly se dejó caer sobre uno de los asientos acolchados del Hovercraft . Pocos minutos después estaba profundamente dormida.

Harroway la contempló fijamente durante largo rato. Luego expulsó con fuerza el aire contenido en su ancho tórax, descolgó el macuto de sus hombros y ocupó el puesto del conductor.

Consultó el panel de instrumentos, pulsó varios mandos y se oyó el zumbido tenue del motor. Luego aumentó progresivamente el rumor y el aire comprimido elevó el poderoso vehículo sobre el suelo.

Harroway hizo evolucionar el Hover craft con suavidad y el vehículo se puso en marcha hacia el sur, flotando suavemente sobre la pradera.

CAPITULO VI

Fue un dulce y lento despertar, después de las tensiones y sobresaltos de los últimos días. Telly entreabrió los ojos, contempló, estupefacta, el techo del *Hover-craft* y, reconociendo el ambiente familiar, suspiró, satisfecha.

El sol penetraba suavemente a través de los cristales ahumados y una leve y refrescante brisa acariciaba sus mejillas. Telly tomó a exhalar un suspiro quedo y se incorporó.

Su rostro se frunció al descubrir la ancha espalda de Harroway por encima de los respaldos de los anchos asientos. ¡El, siempre él!

Sin embargo, trató de ser justa en lo más íntimo de sus pensamientos.

«Harroway no merece mi resentimiento. A fin de cuentas, Blake tenía razón: King-Kong es un buen hombre. Adusto y severo, pero noble, viril y sencillo. Me ha sido profundamente leal desde que le conocí y se ha esforzado por cuidarme y protegerme. Parece un hombre muy capaz y seguro de sí mismo, sereno y sobrio. Harroway inspira confianza. Creo que mis temores eran infundados: hasta ahora, él se ha comportado como un caballero. Entonces... ¿por qué me inspira repulsión? En su presencia, me siento crispada. Tal vez se deba a su aspecto tosco y primitivo. O quizá le odio porque él sigue vivo y saludable, mientras Blake...»

Le sorprendió no haber recordado a Blake ni una sola vez desde que abandonaran el campamento de las cavernas, a las que ella había puesto el expresivo nombre de Gólgota.

«He sufrido mucho —se disculpó a sí misma por su olvido—. ¡Las últimas jornadas han sido tan ajetreadas y llenas de peligros...!»

Sentía hambre, de modo que retrocedió hasta la bodega del *Hover-craft* y tomó una ración de supervivencia, que consumió sin gran placer. De pronto, sintió un vivo deseo de fumarse un cigarrillo.

No quería pedírselo a Harroway, que seguía conduciendo el vehículo abstraído y concentrado en su tarea, de modo que buscó en la bolsa de plástico en la que había guardado sus escasas pertenencias.

No halló cigarrillos, pero sí el pequeño bloc en el que el doctor Gardiner solía hacer sus anotaciones personales. Irving se lo había confiado antes de morir

«Guárdalo, Telly. Tal vez, mis anotaciones sirvan a otros científicos para estudiar y remediar los efectos de esta temible

enfermedad, cuyo virus inoculan los mosquitos de Kuu-Lanyin.»

Ahora, Telly experimentó una enorme curiosidad por aquel diario. Hojeó sus páginas, atestadas con la letra pequeña y meticulosa de Gardiner. Había descripciones minuciosas de la sintomatología de la enfermedad, anotaciones sobre la evolución de los afectados y toda una serie de datos técnicos que Telly no logró desentrañar muy bien.

Le llamaron, sobre todo, la atención, aquellos pasajes que Irving Gardiner había subrayado con trazos rojos. Por ejemplo: aquella anotación en la que el médico describía lo relacionado con la herida que Telly se había producido en el muslo al ascender de un árbol.

> 28-mayo-2307. Telly Bradford. Herida accidental en la cara interior del muslo izquierdo, con profundo desgarro en la arteria femoral y gran hemorragia que exige transfusión. Grupo sanguíneo de la paciente: Rh-0 negativo. Lon Harroway es del mismo grupo y se presta a la transfusión. Sutura en la arteria. Evolución positiva de la paciente. Tratamiento postoperatorio con antibióticos. Herida cicatrizada a los doce das. Alta.

Telly alzó la mirada del diario de Gardiner y la posó en la silueta de Harroway.

«¡Quién lo hubiera imaginado! Así que Harroway me ofreció generosamente su sangre. ¿Por qué nadie me lo dijo?»

Y se respondió a á misma:

«Es lógico que tanto Gardiner como mis amigos callaran: sabía que yo me encresparía al saber que por mis venas corría la sangre de King-Kong. Pero él, ¿por qué calló? Debió protestar cuando yo le insultaba y le humillaba. ¡Es increíble! Otra persona cualquiera me hubiera echado en cara lo de la transfusión, pero él calló y jamás se envaneció por haberme ofrecido su sangre...»

Fuertemente impresionada por lo que acababa de descubrir, siguió hojeando el diario del doctor Gardiner. Había multitud de anotaciones interesantes, pero la que más le llamó la atención fue la siguiente, escrita por Gardiner dos semanas después de que la enfermedad de Kuu-Lanyin hubiera hecho mella en los expedicionarios. Gardiner había anotado:

> Todos estamos afectados, en mayor o menor cuantía, de esta rara y mortal enfermedad producida por las picaduras de los mosquitos. Rectificación: no todos. Lon Harroway y Telly Bradford parecen inmunes al mortífero

mal de los pantanos.

Me he decidido a hablar a solas con Harroway. Lon me ha confesado la verdad: siempre fue inmune a enfermedades inoculadas por picaduras de insectos. Esta singularidad pudo ser comprobada a lo largo de sus numerosas expediciones a zonas cenagosas de Marte y Ganímedes, donde la mortandad era elevada por enfermedades transmitidas por insectos hematófagos.

Después de conversar con Harroway, una idea ronda mi mente. ¿No se deberá la inmunidad de Telly Bradford a la sangre de Harroway donada en transfusión directa?

La tentación me mantiene en vilo. Yo también estoy gravemente afectado y pienso que probablemente afrontaría positivamente el mal si Harroway se aviniese a cederme su sangre. Pero ¿qué ocurriría cuando esto se supiera? Todos los enfermos exigirían que Lon les prestase su preciosa sangre, con lo cual nos convertiríamos en vampiros que no dudarían en sacrificar a ese abnegado individuo con tal de sobrevivir. No, no sería justo inmolar a Harroway para que algunos de nosotros nos salvásemos. He decidido mantener en secreto las raras y prodigiosas virtudes de inmunidad que posee la sangre de Lon Harroway. Es preferible morir a caer en la aberración y la barbarie…

Telly cerró bruscamente el diario de Gardiner y lo devolvió a su bolsa. Tercamente apretados los labios y encajadas las mandíbulas, decidió hacer desaparecer aquel documento cuando llegase la ocasión propicia

«Lo más sensato será quemarlo, hacerlo consumir por el fuego. Sería insensato dar la oportunidad a Harroway de leer lo que escribió el doctor Gardiner. Estoy segura de que se sentiría endiosado e insoportable.»

Pero en lo más íntimo de su ser, Telly se sintió mezquina y sucia Aquella forma de proceder era innoble. La sangre de Harroway le había ahorrado cruentos sufrimientos y, en definitiva, le había salvado la vida.

«No puedo evitarlo —se autojustificó—. Es algo superior a mis fuerzas.»

Harroway se volvió en aquel momento. Telly trató de disimular su tensión interior con un esfuerzo de voluntad.

—¡Ah, por fin ha despertado! —exclamó. (¡Parecía tan contento contemplándola!)—. Por favor, ocupe mi puesto durante unos

minutos. Estoy hambriento.

—Lo siento, no soy lo suficientemente hábil para conducir un vehículo tan enorme como éste. Probablemente, provocaría un estropicio —respondió, con una rara sensación de frustración.

—No importa —dijo Harroway, disculpándola con un ademán de su mano derecha—, ¿Quiere traerme algo de comer?

Mi estómago está completamente vacío y necesito reponer mis fuerzas con urgencia

Telly frunció el ceño obstinadamente. Si había algo que no entraba en sus planes, era servir de camarera a Harroway.

—Me bastará cualquier cosa, señorita Bradford. Una de esas insípidas raciones de supervivencia servirá para matar mi hambre —insistió Lon.

¿Cómo podía negarse? Durante largos días, él la había cuidado y servido como a una princesa...

«Pero él es mi servidor. Yo le pago por ello», se replicó a sí misma con soberbia

A pesar de lo cual, giró sobre sus pies y caminó hacia la bodega. Volvió con el paquete, que dejó con un gesto brusco en la bandeja de la cabina.

—No se vaya se lo ruego —pidió Harroway, al adivinar que ella se alejaba—. Esta zona pantanosa y poblada de manglares resulta un verdadero dédalo. ¿Ve? — señalaba hacia adelante con un musculoso brazo extendido—. Hay centenares de canales, islas flotantes y zonas de vegetación exuberante. Ayúdeme a orientarme. Por supuesto, cuatro ojos ven más que dos, señorita Bradford. Podríamos extraviamos y permanecer durante días enteros dando vueltas sobre estas ciénagas. No es necesario que esté ahí de pie: siéntese. Puede hacerlo en aquel asiento más distante.

Telly obedeció a regañadientes. Miraba de reojo a Harroway, sorprendida por haber escuchado aquella larga parrafada, pues aquel gigante de cabellos enmarañados rara vez solía pronunciar de una vez más de unas pocas palabras.

En cualquier caso, Harroway tenía razón. *El Hover-craft* cruzaba una sucesión de lagunas y ciénagas, lanzando al aire torbellinos de agua verdosa. A un lado y otro se alzaban fronteras vegetales enmarañadas que impedían vislumbrar lo que tenían delante a más de cien metros de distancia. A veces, el vehículo abordaba una isla herbosa... que se hundía con un borboteo medroso al paso del *Hover-craft*. Saurios de repugnante aspecto se zambullían en las densas aguas, asustados por el zumbido de los compresores y bandadas de exóticas aves sobrevolaban, exhalando penetrantes graznidos, las

copas de los altísimos árboles que componían verdaderas murallas vegetales.

De pronto, la frontera verde se abrió por unos segundos y Telly vislumbró un destello metálico en lontananza.

—¡Allí, allí! —gritó excitada—, ¡Creo que acabo de ver nuestra aeronave!

Harroway condujo el vehículo lejos de las engañosas islas flotantes y lo mantuvo en el centro del estrecho canal orientado hacia el sur.

Anchísimas hojas flotantes y redondas, de más de tres metros de diámetro, ofrecían la ficticia impresión de que se deslizaban a lo largo de una calzada pavimentada con grandes losas circulares.

A medida que avanzaban, el canal se iba haciendo más ancho, hasta que por fin, vieron destellar al sol la estilizada silueta metálica del *King-plane* que —casi dos meses atrás— les había transportado a tierra desde la *Trans-Station-Il*.

El *Hover-craft* dejó atrás el pantano, se balanceó lentamente al tocar tierra sólida y cruzó el llano, dejando tras sí una voluminosa estela de humo. Al fin, se detuvo junto al *King-plane*, su estructura descendió un metro mientras silbaba el aire comprimido y por fin quedó inmóvil.

Telly fue la primera en saltar a tierra y correr hacia la aeronave de transporte. Desde el *Hover-craft*, Lon envió un impulso electrónico a la nave para abrir la compuerta de acceso posterior. Algo debía marchar mal, pues el testigo luminoso no dio la señal.

Bajó apresuradamente, se reunió con Telly y ambos rodearon el *King-plane*, preocupados. Sin embargo, hallaron la compuerta abierta y la rampa de acceso tendida.

—Un descuido de Köhner, supongo —comentó Harroway, sin acritud—. Se olvidó de cerrar la compuerta cuando abandonamos el *King-plane*.

Ascendió con decisión la rampa y Telly le siguió. En apariencia, todo estaba en orden a bordo.

—Llame inmediatamente a la *Trans-Station-II* y comuníquese con el coronel Granjer — indicó la mujer, recuperado su aplomo al verse a bordo de la majestuosa aeronave—. Explíquele cuanto ha ocurrido a los expedicionarios y reclame ayuda urgente. Pida a Granjer que nos envíe inmediatamente su segunda aeronave de rescate. Entretanto, yo iré a darme un baño.

Mientras Harroway se dirigía a la carlinga, Telly corrió hacia el cuarto de baño de a bordo.

Con un suspiro de alivio, fue arrojando sus sucias y ajadas ropas

al suelo. Abrió luego el grifo y se situó bajo el fuerte chorro de agua. Lanzó grititos jubilosos a medida que la fresca agua atenuaba su ardor y arrastraba hasta el fondo del baño la suciedad acumulada en su cuerpo a lo largo de los últimos días.

Luego se sumergió en el baño de espuma y jugueteó gozosamente con el agua perfumada. Al fin, se envolvió en una gran toalla esponjosa, se frotó vigorosamente el cuerpo con un tónico embriagador y finalmente se contempló en el espejo, completamente desnuda.

Una sonrisa se insinuó en sus labios. Sus cabellos, aunque húmedos, habían recobrado el brillo dorado normal y su maravilloso cuerpo de finas líneas, volvía a tener el tono nacarado habitual. Instintivamente, se acarició con suavidad sus turgentes y redondos senos de mujer madura e hizo descender las manos por sus caderas de ánfora. En el muslo, muy cerca del abundante vello púbico, se veía la larga cicatriz oscura, recuerdo de la herida que se había producido —¡tantos días atrás!— al descender atolondradamente de un árbol.

Pero no pensó en Harroway, ni en la sangre que le había salvado, ni en los desvelos del doctor Gardiner. Pensó en ella misma, orgullosa, ebria de autoadmiración y de complacencia.

Al cabo, volvió a cubrirse con la toalla y salió. Buscó ropas nuevas en una de las cabinas y cuando estuvo vestida, recorrió el pasillo y se asomó a la carlinga.

Le sorprendió ver a Harroway inclinado sobre el panel de instrumentos y rascándose, nervioso, la sucia pelambrera. El hombre se volvió al adivinar su presencia. Por un momento, una admiración intensa destelló en los ojos claros de Harroway, e incluso llegó a sonreír, pero la sonrisa se esfumó cuando un rictus despectivo frunció las facciones de la mujer.

—¿Qué hace ahí, inactivo? —exclamó ella, con dureza—. ¿Aún no ha establecido contacto con el coronel Granjer?

—Tenemos un pequeño problema. La radio...

Se incorporó bruscamente y mostró la bancada, destrozada.

El color huyó raudamente de las facciones de Telly.

—La radio está destrozada, inútil —dijo el hombre—. Cuando usted llegó, estaba preguntándome quién pudo producir este estropicio.

La reacción salvaje de la mujer le sorprendió.

—¿Dice que no lo sabe? ¡Usted, King-Kong, usted la ha destrozado a propósito! —chilló, descompuesta.

Harroway la miró con reproche.

—¿Cómo puede decir eso? Jamás lo hubiera hecho. Mi responsabilidad no terminará hasta que usted esté a salvo… Por otra parte, ¿qué motivos podrían animarme a cometer semejante salvajada? Yo mismo estoy deseando escapar de este lugar, ¿no lo comprende?

Pero Telly se revolvió como una fiera y le señaló con un rígido índice.

—¡Cínico! —gritó, histérica—, ¡Usted no tiene interés en ser rescatado! Prefiere, á, ahora lo sé, impedir que Granjer pueda ayudarme… ¡Usted, usted…! ¡Sólo es un obseso, un tipo amargado, un criminal!

Harroway la contempló con estupor durante unos segundos. Luego se encogió de hombros, exasperado, y abandonó la carlinga.

Telly corrió tras él y le alcanzó cuando el hombre descendía a tierra a través de la rampa.

—¿Adónde va? —chilló la mujer, al borde del ataque de nervios.

—Hay una radio en el *Hover-craft*. Intacta, según he podido comprobar. Intentaré radiar un SOS a la *Trans-Station-II* —respondió escrutando a Telly con insistencia—, Pero no se haga demasiadas ilusiones. Esa es una emisora de campaña y no posee la potencia necesaria para que sus ondas lleguen a los 250.000 metros de altitud, donde órbita su transbordador espacial.

Lo intentó, no obstante, durante largas horas, pero del firmamento no llegó la respuesta de la *Trans-Station-II*.

Telly se retiró a una cabina, se encerró por dentro y se arrojó en un lecho, tras lo cual lloró amargamente.

«Todo es obra de King-Kong, estoy segura —se atormentó—, El quiere tenerme a solas en un ambiente peligroso y hostil, para, de esta forma, dejar patente su superioridad. Dios me perdone, pero odio a Harroway como a nadie. Si pudiera terminar con él…»

CAPITULO VII

Al fin, dos días más tarde, el hambre y la soledad le obligaron a abandonar su encierro. Sigilosamente, abrió la puerta de su cabina y atisbó el estrecho pasillo. La calma y el silencio reinaban a bordo. No había rastro de King-Kong.

Cautelosa, abrió la cabina de los víveres y se apoderó de una de las raciones. Estaba hambrienta y mordisqueó unas galletas y una barra de chocolate. Pero aquellos secos e insustanciales alimentos le repugnaron y los apartó de sí con un gesto de hastío.

Pasó un rato. Todo seguía en calma y a través de la compuerta de popa se filtraba un rayo de sol. ¿Dónde estaría Harroway?

Telly no deseaba su presencia, pero al mismo tiempo se sentía sola y desamparada. Recorrió lentamente los compartimientos de la astronave. Estaba desierta.

Un ramalazo de inquietud la sobrecogió. ¿Y si Harroway hubiera huido en el Hover-craft, si la hubiera abandonado a su suerte...?

Descendió la rampa, dominada por la ansiedad y el temor. El corazón se le paró al comprobar que el *Hover-craft* había desaparecido. Hizo pantalla con una mano extendida sobre sus ojos y dirigió su mirada hacia el sur. La superficie de aquel lago tan extenso como un mar, espejeaba, cegador, a la fuerte luminosidad solar de mediodía.

Su ánimo se tranquilizó un tanto: el *Hover-craft* brillaba a orillas del lago, a unos dos kilómetros de distancia.

Echó a andar despacio, ansiosa por reunirse con Harroway.

«¡Es absurdo! Ese hombre, ese traidor me repugna. ¿Por qué, entonces, corro a su encuentro?», se planteó.

Como siempre, ella misma se ofreció la respuesta.

«King-Kong es odioso, pero junto a él me siento segura», se confesó con cierto estupor.

Beta enviaba sus ardientes rayos sobre el llano árido y el calor era insoportable. Telly avivó el paso, deseosa de alcanzar la sombra protectora del *Hover-craft*. Al fin, llegó junto al vehículo y se empinó para mirar en su interior a través de los cristales ahumados.

Harroway no estaba allí. Tampoco pudo divisarle en todo lo que abarcaba la vista. Muy cerca, las leves ondas del gran lago venían a morir con un débil murmullo en una playa de gruesa arena limpia. Más allá, se extendían en la distancia las orillas herbosas. No había nadie a la vista.

Y súbitamente, escuchó el rumor del agua y vio emerger el cuerpo bronceado del atlético hércules. De momento, quedó en suspenso contemplando al nadador que se acercaba a la orilla desde las aguas profundas.

Con vigorosas brazadas, el hombre cubrió el amplio espacio que le separaba de la playa. Telly se sentía incapaz de sustraerse a la admiración que aquel titán provocaba en su ánimo. ¡Qué fuerte y vigoroso era! Apenas demostraba esfuerzo en aquel atlético ejercicio, pero el relieve increíble de sus músculos brillaba al sol atractivamente.

Harroway se irguió impetuoso y, creyéndose a solas, co comenzó a ablucionarse, a palmear tan sensibilizado en un hombre que había hecho del riesgo una profesión, le sugirió una presencia extraña y el hombre se volvió bruscamente.

Sospechando que él se estuviera bañando completamente desnudo, Telly ahogó un grito de alarma. Se tranquilizó un tanto al percibir el destello dorado del slip que evitaba la total desnudez del hombre, pero incluso así se sintió muy intimidada.

Al salir del agua, los muslos del hombre se tensaron armónicamente, ofreciendo una espectacular visión de su perfecta e impresionante musculatura.

Harroway se detuvo en la orilla chorreante. Y la miró. Una expresión de estupor se reflejó en las facciones de la mujer. ¿Qué cambio se había operado en el aspecto brutal de King-Kong? Hubo de entornar los párpados para comprobar que él se había afeitado la barba y recortado los cabellos, que seguían siendo de un negro azulado, como siempre, pero ahora también limpios, sedosos y brillantes.

La voz del hombre le provocó un estremecimiento perceptible.

—¿Por qué no se da un baño, señorita Bradford? Hace mucho calor y las aguas de este lago son frescas y límpidas. No hay peligro, se lo aseguro. El lago sólo está habitado por peces, algunos de ellos tan formidables como éste —exclamó Harroway. E inclinando su torso de cíclope, introdujo un brazo en las aguas de la orilla y mostró un lucio dorado de casi un metro de longitud.

Telly se volvió cuando él salió del agua llevando el pez en sus manos. Se sentía violenta, intimidada, pequeña. Aunque una indefinible sensación placentera la envolvía. Cuando se volvió minutos después, Harroway se había vestido y estaba prendiendo fuego a un montón de troncos secos.

La miró, pero no volvió a insistir en su invitación al baño. Aunque el hombre jurase y perjurase que no había el menor peligro en

chapuzarse en aquellas claras aguas, Telly no se habría bañado sola por nada del mundo.

«Pero él jamás demuestra el menor temor», observó, admirada.

No pudo sustraerse, en aquel momento, a la tentación de establecer una comparación mental entre sus amigos habituales y aquel rudo hombre primitivo, que ahora abría diestramente el vientre del lucio, lo vaciaba en un hoyo que cubría en seguida con arena y lo partía en trozos con su afilado cuchillo, listo para ser asado en las brasas.

Los jóvenes de Megalópolis Enea tenían su vida resuelta y, en consecuencia, adolecían de una falta evidente de virilidad, de coraje y de ambición. Si bien solían tener un físico esbelto y elegante, en comparación con Harroway parecían jovencitos carentes de vigor y de la rotunda masculinidad que emanaba King-Kong.

Harroway había enfrentado al peligro y la muerte centenares de veces. Blake y sus amigos, por el contrario, eludían el riesgo, d esfuerzo y la incomodidad. Todo lo que Telly había admirado en sus amigos, se le antojaba ahora insustancial y vano. ¿De qué valían sus refinados ademanes, su lujosa vestimenta y su distraída conversación en un mundo tan elemental como el del planetoide Watárix?

La rudeza de Harroway se traslucía en reciedumbre, en aplomo y seguridad. Las ingeniosas bromas y frases brillantes de la joven élite de sus amigos, se perdían en el tiempo y en la inocuidad. En aquel momento, Telly ni siquiera podía recordar una de las chispeantes frases del verboso y ocurrente Larry McQuinn. Sin embargo, tenía grabada a fuego en su memoria aquel momento en que Harroway la salvó de ser destrozada por los colmillos de una furiosa jabalí hembra.

Agitó la cabeza disgustada consigo misma. Sus pensamientos eran peligrosos: ella no podía erigirse en valedora de las virtudes del hombre al que odiaba.

Fue, sí, lo suficientemente noble y sincera para confesarse que ya no sentía hacia King-Kong el rencor anterior. Pero seguía en la certidumbre de que él había destrozado la emisora del *King-plane* con la idea de que ambos permanecieran a solas en aquel salvaje entorno.

—¡Eh, señorita Bradford! —Telly se estremeció al oír el grito de Harroway—. ¡El almuerzo está listo! ¡Venga aquí! Tengo algunas cervezas frías.

¡Cerveza fría! Si Telly se sentía desfallecida, también experimentaba una sed atroz. Mientras caminaba bajo el sol a través del dilatado arenal, se preguntó de dónde habría sacado aquel

hombre las cervezas... sin detenerse a reflexionar que la bodega del *King-plane* estaba abarrotada de provisiones.

Harroway la aguardaba a la sombra de un frondoso manglar. A orillas del agua, varias rocas redondeadas formaban un semicírculo de asientos naturales. Un tanto estirada y sin abandonar su rigidez habitual —reservada únicamente a Harroway—, Telly ocupó un asiento junto al remanso luminoso.

La norma establecida entre ambos era que Lon sirviese la comida en dos platos y se alejase con uno de ellos. El hombre daba la espalda a la mujer, mientras ésta, disimulada y silenciosamente, recogía su pitanza y huía con ella, para consumirla lejos de la mirada de Harroway. Esta conducta venía obligada por el continuo rechazo de que ella hada objeto a su forzado compañero.

Pero esa tarde, Harroway puso un plato bien surtido en su mano y ella lo aceptó. En seguida, Lon volvió con una botella de cerveza, que dejó discretamente al alcance de su mano. Después se alejó y fue a sentarse al otro extremo del semicírculo.

Telly alzó el plato y aspiró el aroma penetrante del pescado a la brasa. Probó un bocado y apenas pudo evitar un suspiro estrangulado de satisfacción. Bajó una mano y alzó la botella de cerveza, que se llevó a los labios con ansiedad. Bebió largamente, aunque el gas carbónico ponía un picante nudo en su garganta. Y luego siguió saboreando las jugosas porciones de pescado, alzando de cuando en cuando su mirada hacia el lago para que la leve brisa refrescase sus sienes. A veces, se quedaba absorta en la contemplación de las aguas luminosas y el juego destellante del sol que reflectándose en las aguas azules conseguía hipnotizarla por breves segundos.

Cuando dejó el plato vado sobre la roca más próxima, su pecho se hinchó en un espasmo deleitable y luego se aflojó mansamente.

«¡Admirable! —pensó, jubilosa—. Este es uno de los mejores momentos de mi vida.»

Inevitablemente, se planteó el parangón en su mente. ¿Sería tan bello aquel instante si..., si Harroway no estuviera presente?

Su expresión se endureció en el acto.

«Harroway no forma parte de mi vida. Mis sensaciones y vivencias emanan de mí y en mí terminan —resolvió—. El..., King-Kong, sólo es un accidente. Un episodio indeseable.»

Había entornado los párpados, abandonándose placenteramente al encanto de aquel momento. Pero cuando abrió los ojos, Harroway había desaparecido.

Instantáneamente, el majestuoso sol Beta se le antojó menos

esplendoroso, el cabrilleo diamantino de las aguas apenas tenía brillo ya y la boscosidad densa del frondoso manglar le pareció amenazadora y sombría.

—¡King-Kong! —gritó con todas sus fuerzas. Y en seguida se arrepintió.

Corrió desaladamente hacia el *Hover-craft*, pero tras apoyarse en sus planchas ardientes y mirar a través de los cristales, comprobó que Harroway no estaba allí.

Una angustiosa sensación de infelicidad la asaltó.

Giró como loca, tratando de vislumbrar la silueta del cíclope en el espacioso arenal. Vapores caliginosos brotaban de la llanura y difuminaban engañosamente los perfiles, pero los ojos de Telly no consiguieron situar la figura sólida de Harroway.

Desalentada, se dejó resbalar hasta el suelo, a la sombra exigua que proyectaba el *Hover-craft* sobre la arena.

Su desánimo era tan intenso que sus músculos se aflojaron y sus párpados cayeron como si fueran de plomo.

—¡Eeeeeeeh! —resonó vibrante el grito, desde el lago.

Telly se incorporó de un salto, rodeó la estructura oblonga del vehículo y galopó materialmente hacia el lago.

A contraluz del relumbre cegador de Beta, contempló la cabeza y los hombros de Harroway, a ochenta metros de la orilla.

—¡Harroway! —chilló ella, histérica—. ¡Le ordeno que vuelva aquí ahora mismo!

Pero el hombre se adentró en las aguas azules, braceando con vigor.

Al cabo de unos minutos se detuvo en las aguas profundas. Se mantenía a flote con un leve movimiento de sus brazos y su rostro fulgía como las facciones de un busto vaciado en bronce.

—¡Quédese ahí, señorita Bradford! ¡Voy a capturar nuestra cena de esta noche! —gritó él con voz vibrante, tan estentórea que su eco resonó varias veces en los oscuros manglares que se alzaban en la margen izquierda del lago.

Telly le siguió con la mirada, incrédula, cuando Harroway se alejó aún más hacia el centro del lago.

—¡Es... inconcebible! —murmuró, frenética.

No podía asumir la negativa de Harroway, su desobediencia.

Hasta entonces, King-Kong se había mostrado obediente, sumiso, incluso obsequioso. Bastaba el menor gesto de Telly Bradford, para que él corriese a su lado, dispuesto a agasajarla, a acatar a la princesa Bradford. Pero ahora...

La rabia bullía en su pecho cuando Telly se cobijó en el *Hover-*

craft. La altísima temperatura exterior convertía el aire en algo sólido, irrespirable. Y Telly sentía sus ropas empapadas de sudor.

Sollozaba quedamente cuando consultó los paneles de instrumentos con una mirada extraviada. Al fin, puso los generadores auxiliares en marcha y el vehículo vibró suavemente. Indecisa, ocupó el puesto del conductor, empujó una diminuta palanca y el *Hover-craft* se movió y ascendió sobre el arenal. Todavía perdió algunos minutos en interpretar los planos sinópticos de instrumentación, pero al fin el vehículo se movió, giró rápidamente sobre sí mismo elevando surtidores de arena a las alturas y partió como una flecha hacia el centro del llano arenoso donde aguardaba el *King-plane*.

Telly conducía ciegamente, entornados los ojos y obstinado el pensamiento.

—¡Energúmeno! —bramó entre dientes, desahogando en unas cuantas sílabas explosivas su tensión interior.

La mole del King-plane apareció vertiginosamente ante sus ojos.

Por un momento, Telly Bradford sintió la tentación de estrellar el vehículo contra las sólidas planchas de la aeronave, pero en el último momento un impulso poco habitual en ella la movió a girar el timón de dirección.

El *Hover-craft* se escoró a estribor, elevó al aire una tolvanera de fina arena y finalmente se aplastó sobre el suelo. En un arrebato brusco, Telly cortó el encendido de los generadores y el zumbido cesó.

Bajó, giró sobre sí misma, dirigió una ávida mirada hacia el sur y, cegada por el resplandor del sol en la arena, escapó rampa arriba hacia el interior del *King-plane*.

Aunque no había hecho nada, se sintió mortalmente cansada. Abrió la puerta de su cabina preferente y se dejó caer sobre el lecho. A bordo funcionaba el aire acondicionado y la temperatura era fresca y relajante.

Quiso dormir, olvidarse de todo, soñar que volvía a estar en Megalópolis Enea y que ella era — como siempre— la reina de la fiesta, la bella atracción estelar.

Al principio, se adormeció. En aquel breve sueño contempló una escena terrorífica: Harroway se debatía en el lago, acosado por horripilantes monstruos acuáticos. Y a pesar de la climatización de a bordo, despertó sobresaltada, empapada en sudor. A partir de aquel momento le fue imposible conciliar el sueño.

Disgustada consigo misma, abandonó la cabina y penetró en el *catering*. Mezcló zumos de piña, angostura y un chorro de ron, todo

lo cual depositó en el frigorífico. Cinco minutos después, el líquido se había helado en la coctelera. Tuvo, pues, que añadir un nuevo chorro de ron y un poco más de zumo de naranja amarga. Puso dos pajas de plástico en la alta copa en forma de globo y se dejó caer en el saloncito de popa.

Probó el líquido casi helado y le encantó. Buscó cigarrillos en el departamento de intendencia y encendió uno. Un momento más tarde, introducía una pequeña lámina sonora en el reproductor de Hi-Fi. En seguida, las notas sincopadas y rítmicas de un calypso llenaban el ambiente. Telly buscó en el *catering* unas verdes hojitas de menta y las dejó flotar en la superficie —formada por pequeños carámbanos— de su combinación.

Volvió a beber y se sintió más animada. La música le transportaba a otros mundos, a otros ambientes más amables y sofisticados. Por otra parte, la cadencia rítmica que flotaba en el aire despertó en ella su adormecido instinto sexual.

Se alzó y bailó despacio, recreándose, suavemente plegados sus brazos alrededor de la propia cintura. Experimentaba una complacencia tan íntimamente sensual, que al fin se sintió embargada por el éxtasis y se derrumbó sobre el diván circular del saloncito de popa.

El sopor la embargó y, relajada, se adormeció.

Despertó dos horas más tarde, cuando Beta había declinado mucho sobre la línea del horizonte y la música, acogedora y nostálgica, seguía llenando el ámbito de la aeronave.

Sintió sed y se sirvió un combinado. Y después otro. Comenzaba a sentirse un poco embriagada, pero su estado de ánimo era maravilloso. El alcohol la transportó a un estado quasi vaporoso, ligero, ideal.

Bailó y bailó y se dejó llevar por aquel fuerte impulso narcisista que la empujaba a autoacariciarse, a rodear prietamente su estrecha cintura con sus propios brazos.

Pero la luz solar decreció y la música cesó. Esto provocó algo muy semejante a un cambio químico en su interior, pues en seguida la asaltó la angustia

—¡Dios bondadoso! —murmuró estremecida—. Harroway ha debido ahogarse.

Abandonó la aeronave, subió de un salto desmañado al *Hovercraft* y puso los motores en marcha. En una corta y alocada carrera, el vehículo alcanzó la orilla del lago y se detuvo.

Cuando bajó a la arena húmeda, el tiempo se detuvo. La superficie del lago aparecía lisa como un espejo, serena y... tan

sombría como un presentimiento de mal augurio.

—¡Harroway! —gritó Telly con un trémolo trágico.

Caminó hacia la orilla y escrutó fijamente las tenebrosas aguas. El sol Beta acababa de ocultarse tras las cimas de la gran cordillera y todo en el llano se volvía silencioso, oscuro y triste.

El silencio se tomó denso, tan opresivo qué cortaba la respiración.

De pronto, se agitaron las aguas y se oyó un grito bronco y penetrante.

—¡Heeey, Telly!

Era Harroway.

Surgió de las profundidades como un mitológico dios marino, desbordante de poder y de virilidad, arrollando a las ondas que él mismo había provocado y deslizándose en la superficie del lago con la agilidad de un delfín.

—¡Harroway! — volvió a gritar la mujer, jadeante.

Y corrió hacia la orilla, chapoteó en el agua y avanzó sin ningún temor en el lago, en cuyas profundidades había soñado truculentos monstruos marinos de cuerpos colosales y espaldas escamosas.

Y cuando se abrazó prietamente al cuerpo frío y rotundo del hombre, se estremeció violentamente y murmuró desde lo más hondo:

—Harroway...

El la tomó en brazos como una pluma y la sacó del agua.

En el arenal, Harroway quiso depositarla suavemente en el suelo, pero ella seguía aferrada a su pecho tan apretadamente, que al hombre le fue imposible separarse de ella. Se recostó, pues, sobre la blanda arena e intentó serenarla. Cariñosas palabras brotaron de la boca de Harroway, que acariciaba suavemente los dorados cabellos de Telly.

Los dos estaban íntimamente abrazados y al unísono experimentaron idéntica ansiedad. Las manos buscaron las otras manos y después los cuerpos se unieron más íntimamente.

El hombre sintió despertar en su intimidad un impulso fiero, violento, posesivo. Pero sus gestos, de salvaje, se trocaron en tiernos y los gritos que pugnaban por brotar de su pecho, sólo fueron susurros amorosos.

Y...

La luna de Watárix les sorprendió justamente en el momento en que ambos se sumergían en la vorágine del placer íntimamente compartido.

CAPITULO VIII

Los rayos del sol despertaron a Telly.

Al principio, la fuerte luminosidad incipiente la deslumbró, pero sus brazos tocaron otros brazos y su aliento se confundió con el de Harroway.

Hubo un estremecimiento y el hombre despertó bruscamente. Telly se había incorporado de un brinco y, a cinco pasos de distancia, se cubría nerviosamente con una manta.

—Telly —dijo él, con voz pastosa y lenta, todavía impregnada de sueño.

Pero ella exhaló un gritito y escapó a través del arenal.

Se reunieron más tarde, cuando el calor que radiaban los rayos luminosos de Beta hacían crujir levemente las planchas metálicas del *King-plane*.

Telly miraba obstinadamente al suelo y Harroway la acosaba con una mirada fija e inquisitiva.

Al fin, ella alzó los ojos y el hombre se sintió traspasado por el fulgor violeta.

—Lo siento, Lon. Ayer... anoche... Bebí unos cuantos combinados alcohólicos, ¿sabes? Tenía miedo y me sentí muy sola, desesperadamente sola... Tú... creíste que..., que era amor lo que yo sentía Sin embargo, no te amo, Harroway. Sólo que... dependo de ti. Si tú estás cerca, me siento segura. Sola... Creo que sería capaz de volverme loca.

Harroway la había escuchado con religiosa atención. Y a medida que surgía la confidencia los ojos grises de Lon se tomaban más claros y más acerados.

—Ya —pronunció al cabo de una larguísima pausa—. Te dejaste llevar por el arrebato circunstancial, por el ansia de compañía humana y por el miedo. Sí..., era demasiado hermoso para ser verdad. Imagino que tras este fugaz momento de pasión y abandono, volveré a ser para ti tan repugnante como antes...

—¡No, eso no! —protestó Telly, con calor—. Ahora... comprendo que fui muy injusta contigo. Te ruego me... disculpes —terminó, con un gran esfuerzo de voluntad, pues jamás había soñado siquiera con que un día llegaría a excusarse ante King-Kong.

El hombre no hizo ningún comentario. Al fin, se encogió de hombros en un ademán fatalista y abandonó la aeronave. Ella no le preguntó adónde iba, ni qué se proponía hacer en adelante.

Se sucedieron unos días muy tristes y anodinos. Lon se pasaba la mayor parte del día en el lago, de donde sacaba grandes peces que, al anochecer, se convertían en suculentos manjares. Habían vuelto al status anterior: cada cual tomaba su plato y se alejaban el uno del otro para comer.

Harroway se emborrachaba cada noche y canturreaba en el exterior con su voz grave y bien entonada.

«¡Inconcebible! —se escandalizaba Telly, sin querer recordar que ella misma recurría al alcohol con peligrosa frecuencia—. Antes, King-Kong no bebía más que agua. Ahora..., ahora se emborracha sistemáticamente, hasta embrutecerse.»

Luego, una mañana Harroway vino a entrevistarse con la mujer.

—Es estúpido continuar con este juego destructor: banquetes y alcohol, mientras permanecemos cruzados de brazos. Creo que... debemos hacemos a la idea de que jamás vendrán a rescatarnos —expuso crudamente—. Tú viniste aquí para encontrar a tu abuelo. ¿Por qué, entonces, no seguimos adelante con el plan original? Estoy seguro que si hallamos al señor Bradford, todo cambiará. Quiero decir... te sentirás menos sola y desamparada.

Telly se mordió los labios.

—¿Y si no lo encontráramos? —planteó—. Me conozco y sé que caería fácilmente en la desesperación y el abatimiento. ¿Qué porvenir sería el nuestro? Las provisiones a bordo terminarían por agotarse, nos convertiríamos en dos trogloditas, en dos seres salvajes, prehistóricos, expuestos a...

Calló, desalentada. Pero Harroway dijo:

—Este mundo es hermoso, apasionante. Disponemos de una gran reserva de víveres, pero si se agotaran, no habría ningún problema insoluble. Ya has visto que podemos mantenernos perfectamente con la caza y la pesca. Por lo demás, nuestras reservas de energía son prácticamente inagotables. El *King-plane* cuenta con un convertidor de hidrógeno que funciona con energía solar. Hay agua abundante, luego jamás nos faltaría el combustible que necesita el *Hover-craft* para funcionar casi indefinidamente. Pero, además, plantearnos el desafío de encontrar a Christopher Bradford, mantendrá nuestra mente ocupada y nos sugerirá un nuevo motivo por luchar. ¿Qué decides?

—Está bien, lo intentaremos. Cualquier cosa antes que continuar aquí, cruzados de brazos —decidió Telly.

Emplearon las horas siguientes en aprovisionar metódicamente el *Hover-craft*. Esa noche, ambos durmieron intranquilos, aguardando con impaciencia que llegase el nuevo día para ponerse en camino y

abordar de nuevo la aventura.

Muy de mañana, abandonaron el *King-plane*, cerraron la compuerta de popa y ascendieron al *Hover-craft*. Por supuesto, no pensaban atravesar los peligrosos fangales de Kuu-Lanyin, de modo que el vehículo describió un amplio arco para rodear la jungla a través de la verde sabana poblada de animales salvajes.

Cuatro jornadas más tarde, avistaban en la distancia las altas crestas de las montañas que limitaban por el norte las selvas de Kuu-Lanyin. Más allá aún, difuminados en la neblina azulada de la lejanía, se erguían los amarillentos penachos de una columna gaseosa que se alzaba muchos miles de metros en el firmamento.

—¡Volcanes! —exclamó Telly, asombrada.

—Sí —asintió Harroway—. El sismógrafo electrónico de a bordo viene registrando movimientos sísmicos desde hace varias horas. Pero no hay peligro: apenas alcanzan un índice 2,5 en la escala Richter.

Hacia el mediodía, Harroway detuvo el vehículo a orillas de una atrayente laguna bordeada de alta y exuberante vegetación. Descendieron y encendieron fuego al socaire de unas rocas para asar parte de la carne del venado que Lon había cazado esa misma mañana.

Mientras comían en silencio, se alborotó el aire y sopló una fuerte ráfaga de viento que deshizo la hoguera y aventó las brasas y cenizas hacia la laguna. Un furioso remolino ardiente azotó las altas copas de los árboles y, aunque fugazmente, dividió en de» la compacta masa vegetal.

Harroway se incorporó de un salto. Telly le miró asustada.

—¿Qué ocurre?

—He visto algo tras esos árboles. No sé si estaré soñando, pero... ¡me ha parecido distinguir unas construcciones de piedra! —respondió Lon, absorto.

El huracán cesó bruscamente. Telly y Harroway contemplaban, intrigados, las frondas más allá de la apacible laguna.

—Voy a echar un vistazo —decidió el hombre, tomando su fusil del suelo.

—¡Espérame! —gritó Telly, cuando Lon bordeaba ya la orilla.

La vegetación que rodeaba la laguna era tan densa que Harroway tuvo que abrirse paso a través de ella empuñando el machete con vigor. Durante quince minutos, luchó a brazo partido con helechos, arbustos y lianas y luego, repentinamente, se ofreció ante ellos aquel claro en la selva, en cuyo centro se erguía una sucesión de edificios escalonados.

—Pero... ¡pero si es una réplica casi perfecta de la mansión Bradford en Megalópolis Enea! —declaró Telly, estupefacta.

El conjunto arquitectónico estaba formado por tres niveles de construcción a modo de artística pirámide, coronada por una esbelta torre de piedra de cantería y terminada en aguzada cúpula prismática.

—¿Estás segura? — murmuró Harroway, incrédulo.

—¿Cómo no voy a estarlo? —replicó ella, vibrante la voz—. Yo nací en una casa semejante a ésa. Mi abuelo era un hombre muy imaginativo y poseía una vocación desordenada por la arquitectura, aunque jamás hubiera estudiado tal disciplina. Fue él quien esbozó los planos de lo que seria la mansión Bradford, un verdadero monumento arquitectónico, hoy, en Megalópolis Enea, en estilo neogótico.

Lon la miró, perplejo. Luego su mirada volvió hacia la increíble arquitectura de aquella especie de palacio-fortaleza en medio de la jungla

—¿Quién podría imaginarlo? Pero está ahí, ante nuestros ojos: una inmensa construcción de piedra, capaz de albergar a centenares de personas... —exclamó, extasiado—. Esto parece demostrar que tu abuelo estuvo aquí. Sí, creo que estamos en el buen camino, pero ¿cómo pudo alzar esa inmensa mole? El simple trabajo de tallar esas piedras de cantería llevaría más de un año a un equipo numeroso de hábiles artesanos... ¿Cómo lo consiguió el señor Bradford?

Telly se encogió de hombros. Se sentía tan confusa y admirada como Harroway.

—Lo ignoro. Aunque imagino que pocas cosas habría imposibles para un hombre del tesón y la audacia de mi abuelo —susurró.

Durante largos minutos, contemplaron en silencio la fabulosa construcción en medio de la jungla Luego Harroway dio unos pasos adelante y dijo:

—Echemos un vistazo.

Telly le imitó, pero en seguida se detuvo, intimidada. Una especie de temor supersticioso la frenaba, pues su imaginación comenzaba a desbordarse.

—¡Espera! — gritó al hombre, que se alejaba ya—, ¿Y si encontrásemos a..., a seres desconocidos ahí dentro? —plateó.

Harroway dejó escapar una carcajada. Y al rumor de su risa, los temores de Telly se esfumaron. ¡Qué atractivo era Lon cuando reía..!

Quedamente, se aproximaron a una de las sólidas arcadas. Luego oyeron retumbar sus pasos bajo las altas bóvedas y se detuvieron, intimidados. Ante ellos se veía el arranque de una admirable

escalera circular, de preciosa balaustrada.

—Este palacio es idéntico en todo a la mansión Bradford de Megalópolis Enea —expresó Telly, fascinada—. Sólo que… aquí no se encierran los hermosos muebles, alfombras y objetos de arte que mi abuelo consiguió atesorar a lo largo de años…

Ascendieron y recorrieron una larga galería Los ventanales góticos carecían de vidrieras y las espaciosas estancias estaban vacías. Continuaron su ascensión hasta lo alto de la torre y desde allí gozaron brevemente del bellísimo y ancho panorama que se divisaba desde lugar tan elevado.

Luego descendieron sin prisas y fueron recorriendo cada una de las estancias. No encontraron muebles ni enseres, ni rastro alguno de que el soberbio edificio hubiera sido habitado alguna vez por seres humanos.

Fascinados e intrigados, volvieron al exterior. Cuando se alejaban de allí, todavía se detuvieron un momento al borde de la jungla y dirigieron una mirada admirativa al colosal y enigmático monumento.

De vuelta al campamento, Harroway comenzó a trazar un mapa de aquellos parajes, que se añadiría a los planos bosquejados por el camino.

—Exploraremos esta región por zonas, sistemáticamente. Estoy seguro de que terminaremos encontrando al señor Bradford… Si es que aún está vivo —dijo Harroway. Y en seguida se arrepintió de haber hecho aquel comentario, pues Telly palideció al escucharle.

—¡Dios mío! —Balbuceó la mujer, escondiendo el rostro entre las manos—. ¡No quiero ni pensarlo! ¿De qué servirían tantos esfuerzos, tantas tragedias… si finalmente encontrásemos a mi abuelo… muerto?

—Sólo es una posibilidad, Telly. Sin embargo, debes hacerte a la idea. Tu abuelo ha cumplido ya los setenta años y a esa edad… Por otra parte, el hecho increíble de que lograse alzar ese soberbio edificio en medio de la selva, me convence de que el señor Bradford es un hombre de poderosos recursos. Ojalá le encontremos… vivo.

Telly agitó la cabeza, como si quisiera arrojar de sí funestos augurios, y se incorporó. Harroway la vio caminar hacia el borde de la laguna, donde se sentó en una piedra erosionada y se descalzó, dispuesta a darse un baño de pies en las claras y frescas aguas.

La escena era tranquila, apacible. Junto al *Hover-craft,* Lon Harroway fumaba un cigarrillo y bebía una cerveza, mientras iba anotando accidentes geográficos en una ancha hoja de papel cuadriculado. De vez en cuando, se erguía y escrutaba hacia las

montañas del norte a través de sus prismáticos. A veinte metros de distancia, Telly, hundidas sus piernas en el agua hasta las rodillas, jugueteaba, abstraída, con las redondeadas piedrecitas de la orilla.

Súbitamente, se oyó un penetrante alarido, seguido de un chapuzón.

Harroway alzó la mirada de su trabajo y se alzó, sobresaltado.

Telly corría desaladamente hacia él, descalza, extendidos los brazos desesperadamente y con el espanto reflejado en sus bellas facciones.

—¿Qué ocurre? —gritó él, no advirtiendo ningún signo de alarma en los alrededores.

Se inclinó y tomó el fusil, que había dejado apoyado en las planchas del Hover-craft.

Telly llegó hasta él, jadeante, llena de pánico, incapaz de articular una palabra inteligible. Su impulso espontáneo, fue arrojarse en los musculosos brazos del hombre, pero se contuvo, temblorosa y asustada.

—¡Uno..., uno de esos horribles hombres verdes! — logró articular por fin, gesticulante—, ¡Emergió de pronto del agua y me miró! ¡Es cierto, Lon, era un hombre verde!

CAPITULO IX

Las sombras de la noche caían sobre la laguna cuando Lon Harroway regresó al *Hover-craft.*

Impaciente y nerviosa, Telly le abrió la portezuela y le taladró con una mirada anhelante.

—¿Qué?

—Nada —respondió el hombre, dejando el fusil apoyado en el panel de instrumentos—. He registrado minuciosamente las orillas y no he hallado rastro de esos misteriosos hombres verdes.

Telly le miró con reproche.

—¿Crees que he sufrido una alucinación, que esos hombres anfibios no existen? —exclamó, despechada—. Pues debes recordar que mi abuelo habló hace treinta años de esos seres que viven en las lagunas. ¡Y Christopher Bradford no se equivocaba nunca!

—No te excites, por favor —rogó el hombre, sorprendido por el ferviente acento con que la mujer acababa de expresarse—, No sé si existen o no los hombres verdes, pero es muy posible que vieses un hombre donde sólo había un animal. He visto caimanes en estas aguas y también unas raras iguanas mugidoras, de gran tamaño. Quizá al ver emerger la cabeza de una de esas iguanas, creíste...

—¡No era una iguana, era un hombre! Estoy segura de lo que afirmo. ¡Ni siquiera probé en toda la tarde una gota de alcohol! —insistió Telly.

—Está bien, está bien. Apaguemos las luces y aguardemos.

La luna de Watárix está en cuarto creciente y a medianoche iluminará claramente estos parajes. Si los hombres verdes existen, experimentarán hacia nosotros idéntica curiosidad que nosotros sentimos. Y eso les impulsará a salir del agua y a observar nuestro vehículo. Tomemos ahora un bocado y descansemos hasta que salga la luna.

Comieron carne fiambre y tomaron un par de cervezas. Luego, a oscuras, brilló la brasa del cigarrillo de Harroway. Permanecieron largo rato en silencio. En el exterior, el silencio era absoluto y la oscuridad profunda.

De repente, se oyó la voz del hombre.

—Telly.

—Sí.

—Estoy pensando... Es probable que el coronel Granjer y los restantes miembros de la tripulación de la *Trans-Station-II* nos hayan

dado por muertos. Imagino que intentarían comunicarse con nosotros insistentemente durante... Bueno, durante los días que la tragedia fue acabando cruelmente con todos tus amigos y compañeros de expedición. Incluso...

—Sigue —pidió Telly con cierta ansiedad.

—Incluso es posible que Granjer enviase a algunos de sus hombres en la aeronave de rescate. Vi... unas huellas en el arenal, muy cerca de nuestro *King-plane*. Yo diría que eran las marcas del tren de aterrizaje de la nave de rescate.

Telly se atragantó.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —exclamó airadamente.

—Tú..., estabas fuera de ti. No quise aumentar tus preocupaciones, tu íntima angustia. El caso es que ahora sospecho que Granjer nos dio por muertos. Y, en ese caso, es preciso afrontar la realidad: la *Trans-Station-II* debió iniciar el regreso a Marte.

—¡No puedo creerlo, no *quiero* creerlo! —susurró la mujer, desesperada.

—Sin embargo, no es sensato seguir creyendo que vendrán a rescatamos. Aunque Granjer y los demás se hubieran marchado, nuestra situación no es angustiosa. Yo amo este mundo salvaje y elemental, que me parece un verdadero paraíso terrenal. Sé que podríamos desenvolvernos perfectamente aquí, sin ayuda de nadie...

Sucedió una pausa tensa. Luego...

—Ya veo —rezongó la mujer, rabiosa—. Tú quieres quedarte aquí para siempre... y te tiene sin cuidado mi suerte. ¡Ahora, más que nunca, estoy segura de que fuiste tú quien destrozó la radio. Y probablemente lo hiciste con toda alevosía, poco después de que los expedicionarios abandonásemos el *King-plane*... ¡Sí, tú ya habías hecho tus planes!

—¿Mis planes?

—¡Sí! ¡Querías quedarte a solas conmigo! Si no fuera demasiado monstruoso, pensaría que...

—¡Dilo!

—Es una locura, pero he llegado a pensar que fuiste tú quien inoculó ese virus maligno a mis amigos.

—Es una locura, sí —jadeó Harroway—. Fueron los mosquitos, no yo, quien inyectó el virus letal a tus entrañables amigos, aquellos a los que tú dirigías sabiamente, como si fueran marionetas.

—¡Tú les envidiabas! — clamó la mujer, tremante de ira—. Los hubieras asesinado, si hubiera estado en tu mano.

—No digas estupideces, por favor. Todos vosotros *estabais en mis manos*. Pero yo no soy un asesino. Nunca odié a tus amigos. Sentía

compasión por ellos: habían afrontado una aventura que iba más allá de sus fuerzas. Pero no quiero seguir hablando de esto. Sólo pretendía...

—¿Qué? — exclamó Telly, desafiante.

—Hacerte ver que estamos solos en un mundo desconocido, en el que probablemente jamás volveremos a tratar con seres humanos. Aquí, en Watárix, estamos solos tú y yo, Telly Bradford.

—¡Mientes! Está mi abuelo, al que encontraremos pronto. Y también... esos extraños hombres verdes que viven en la laguna.

—Tal vez encontremos al señor Bradford, tal vez no. Pero reflexiona: estamos tú y yo, un hombre y una mujer jóvenes...

—Jamás me entregaré a ti. Es una cuestión de rechazo físico.

—Pero hace unos días, en la playa...

—¡No me lo recuerdes, por Dios! Yo no sabía lo que hacía. Fue la tristeza, el abandono, la soledad profunda y...

—Y el alcohol.

—¡Si, el alcohol! Pero no te hagas ilusiones, Lon Harroway. Aunque tú fueras el único hombre a mi alcance hasta el fin de mis días, aunque me consuma en Watárix, aunque me convierta en una mujer estéril e inservible, jamás cederé a tus deseos. ¡Te lo juro!

Callaron. Luego él dijo:

—¿No has acariciado nunca el deseo de tener... un hijo?

Telly se agitó en la oscuridad. Se oyó, sí, su respiración forzada, jadeante, pero no hizo ningún comentario.

—Yo he conocido ya la profunda emoción de tener un hijo — confesó el hombre, con voz remota—. Probablemente, tú considerarás algo increíble que King-Kong haya tenido una esposa fiel y un hijo, pero así es.

—¿Y qué fue de ellos? —se atrevió a preguntar la joven, cuando Harroway calló.

—Mi hijo, de pocos años, murió de unas fiebres malignas en Marte. Y Haliyi, mi esposa, no supo resistir el dolor y... se suicidó.

La voz de Harroway tenía ahora trémolos de angustia. A su pesar, también Telly Bradford experimentó una íntima emoción.

—Esto era lo que quería explicarte, Telly. Estamos solos y no encontraremos consuelo y fortaleza, sino en nosotros mismos. Yo tengo ya treinta y cinco años y me gustaría tener un hijo. Un hijo en el que me viera reflejado, un hijo que me diera esperanzas de vivir y en el que volcaría todo mi amor. Pero ya veo que tú no estás dispuesta a atender mis súplicas.

Telly no dijo nada. Su respiración era cada vez más agitada.

—Tú sospechas que yo soy un monstruo que sólo ansia calmar sus

apetencias carnales, pero te equivocas. Poseo voluntad suficiente para reprimirme, aunque naturalmente experimento idénticas necesidades físicas que cualquier ser humano saludable. He vivido en soledad durante largos años, sin mujeres, sin afecto. Y sé que puedo sobrevivir sin satisfacer el instinto. Sólo..., sólo tengo una ilusión tremenda: un hijo —pronunció el hombre con voz ronca.

Telly iba a decir algo, cuando en el exterior se produjo aquel seco chasquido. Harroway aplastó su cigarrillo con la punta de la bota y se acercó a la cabina.

La luna de Watárix no había asomado aún por encima de la espesa jungla de Kuu-Lanyin, pero su resplandor era tan fuerte en el horizonte que Lon pudo distinguir una silueta antropomorfa a la orilla del lago. En seguida, otros dos seres se unieron al primero, surgiendo de las aguas y chorreantes, se movieron alrededor del lugar donde Harroway había formado una fogata aquella misma tarde.

Sólo podía vislumbrar sus siluetas, pero Lon estableció inmediatamente que aquellos seres eran morfológicamente idénticos a él: largas piernas, estrechas cinturas, vientres lisos y atléticos hombros, de los que colgaban unos largos brazos. Sus cabelleras eran largas y chorreantes y caían sobre la espalda.

Aquellos individuos se movían alrededor de los restos de la hoguera en la actitud de quienes sienten una vivísima curiosidad.

Harroway oyó un jadeo y vio muy cerca a Telly, que contemplaba la escena con interés no exento de miedo.

—Ahí están. Son los hombres verdes. Ahora no podrás negar la evidencia, Harroway —siseó ella, con un deje de orgullo.

Lon experimentó una viva emoción.

—Sí, ahí están. Y parecen criaturas inteligentes —respondió—, Doy gracias al Todopoderoso, que nos permite vivir esta experiencia. Ahora... me siento menos solo. Eso que estamos viendo son seres humanos, tengan la piel verde, amarilla, rojiza o marrón. Están buscando algo. Tal vez... comida.

—¿Y si fueran... antropófagos? —se oyó el comentario medroso de Telly.

—¡Calla! La luna asoma ya por encima de la selva y podremos estudiar a esas criaturas a nuestro placer. ¡Han venido otros cuatro más! Míralos: demuestran una curiosidad intensa por nuestro vehículo.

En efecto, diez siluetas se movían ya alrededor del *Hovercraft*. Dos de los hombres verdes palpaban, gozosos, las planchas metálicas y los faldones plásticos del vehículo, mientras los restantes bullían en

la explanada.

—Hay algunas... hembras —observó Telly con un hilo de voz.

Harroway rió en la oscuridad.

—Sí —respondió, divertido—. Muy bien dotadas... en cuanto a sus pectorales se refiere.

Los claros rayos plateados de la luna bañaron de pronto el borde de la laguna.

—¡Son verde..., *verdaderamente* verde! —susurró Telly, atónita.

Ahora, la luz brillante del astro lunar permitía comprobar que la piel de aquellas criaturas era rugosa y áspera, de color verde oscuro, al igual que sus largos cabellos.

Por lo demás, sus cuerpos eran esbeltos y proporcionados, aunque algunos de aquellos individuos poseían facciones toscas y salvajes.

—Son hombres —susurró Harroway, excitado—. Auténticos hombres, de carne y hueso como nosotros. Sin embargo, su piel es tan distinta... ¿A qué se deberá ese extraño color verdoso?

Telly, abstraída, no contestó.

Entretanto, seguían llegando más individuos a la orilla. Los había altos y musculosos, hombres y hembras, y también jóvenes, todos los cuales bullían vivamente alrededor del *Hover-craft* mientras gesticulaban exageradamente e intercambiaban gruñidos y voces incomprensibles.

Telly y Harroway dan el rumor de sus respiraciones y también los menudos golpes dados en las planchas del vehículo. Un grupo formado por seis colosales individuos de piel verde llegó junto a la portezuela del *Hover-craft*, palparon los cristales ahumados y comenzaron a aporrear las planchas con sus puños. A aquel primer grupo, se unieron más y más criaturas, todas las cuales golpeaban y empujaban, de modo que el vehículo comenzó a trepidar levemente.

—Nuestro *Hover-craft* llama poderosamente su atención —observó Harroway, divertido—. Mucho me temo que traten de arrastrarlo hasta el agua.

Telly se separó del cristal, horrorizada, al ver surgir de la penumbra un rudo rostro verdoso.

—Calma, no hay nada que temer —quiso tranquilizarla Harroway —. El vehículo pesa quince toneladas. Serian necesarios más de cien de esos hombres verdes para arrastrarlo.

¿Cien? Tal vez no hubiera tantos, pero lo cierto era que los hombres de la laguna formaban ya un nutrido grupo alrededor del *Hover-craft*, que trepidaba quedamente al impulso de docenas de brazos vigorosos.

Telly se había dejado caer sobre uno de los asientos corridos

situados atrás y Harroway seguía observando, muy excitado, a las criaturas de la laguna. Súbitamente resonaron golpes contundentes.

—¡Harroway! —chilló Telly—, ¡Están intentando penetrar en el vehículo! ¡Golpean los cristales con gruesos troncos de árbol! ¿Vas a quedarte ahí, gozando pasivamente de la contemplación de esa horda salvaje?

Los golpes se recrudecieron. Aunque los cristales eran muy resistentes, Harroway decidió que la osadía de los salvajes había ido demasiado lejos. Tomó el fusil, abrió de pronto la portezuela, lanzó un gran grito y disparó su fusil.

El rayo láser brotó como un esplendente trazo rojizo que fue a perderse en el firmamento azul grisáceo, al tiempo que la horda, sobrecogida por el grito de Harroway y la aparición de aquel fenómeno luminoso inexplicable, retrocedía espantada en tropel. Antes de que Lon hubiera puesto pie en la húmeda arena, la muchedumbre se zambullía en la laguna y desaparecía entre las aguas, hasta que todo movimiento cesó en las proximidades y tomó el silencio.

Harroway aguardó unos minutos. Luego volvió a bordo, aseguró la puerta con el cierre de seguridad y buscó a Telly en la oscuridad.

—¿Lo ves? Son inofensivos. No creo que vuelvan esta noche, pero tal vez mañana tengamos la oportunidad de contemplarlos a la luz del día —aventuró.

Se dejó caer a lo largo sobre uno de los asientos y cerró los ojos. Poco después dormía apaciblemente.

Telly veló durante el resto de la noche, todavía aterrada por la aparición de las enigmáticas criaturas de las aguas.

CAPITULO X

Al amanecer, Harroway la sorprendió junto a los cristales, pálida y ojerosa. Poco después, el hombre puso a su alcance una bandeja con un tazón de cacao caliente y unos panecillos.

—Tómate eso y descansa. Yo vigilaré —dijo Harroway. Y permaneció junto a ella, mientras Telly bebía la humeante bebida a pequeños sorbos. Al cabo, ella se recostó en el asiento y, completamente rendida, se abandonó al sueño.

Le despertaron unos gritos estrangulados que la alarmaron mucho. A juzgar por la altura del sol, debía ser ya mediodía. Harroway no estaba dentro del vehículo, pero lo vio, fuera, elevando la mirada por encima de los asientos.

Pasmada de asombro, descubrió que Harroway conversaba a grito pelado con un chillón individuo de piel color chocolate y largos cabellos del mismo color. Movida por la curiosidad, Telly descendió del vehículo, pero un gritito pudoroso brotó de su garganta al comprobar que aquel salvaje estaba totalmente desnudo.

Harroway se volvió al escuchar el rumor de la portezuela al cerrarse, miró a la mujer y comprendió su turbación.

—No temas. Este tipo es Wangai, un magnífico individuo. Un poco parlanchín, es cierto, pero absolutamente inofensivo —explicó Lon—, Y, asómbrate, Wangai es uno de esos extraños hombres verdes.

Aunque Telly huía la mirada, no tuvo más remedio que dirigir una fugaz ojeada al indígena.

—¿Verde? —exclamó, atónita—. ¡Su piel es negra...!

—Así es. Wangai estaba explicándome que su tono verdoso habitual sólo es una treta de camuflaje, que les permite acercarse impunemente a los animales que cazan en la selva o la pradera. También les sirve esa máscara verde para pescar. ¿Sabes cómo lo hacen? Embadurnan sus cuerpos con una pasta pegajosa, semejante al caucho, que extraen del tronco de ciertos árboles. Después se sumergen en la laguna y las lentejas de agua se pegan inmediatamente a su piel y a sus cabellos, cubriéndoles por completo. Deben ser individuos muy observadores e inteligentes, aunque Wangai acaba por aturdir a cualquiera con su cháchara.

Harroway lanzó una alegre carcajada, muy divertido al parecer.

—¿Cómo has logrado entenderte con él? —preguntó Telly, asombrada.

Lon le enseñó un objeto del tamaño de una pequeña calculadora.

—Gracias a este aparatito, que siempre va conmigo en las expediciones que emprendo. Es un linguo-traductor automático —explicó Harroway—, y resulta muy práctico en ocasiones como ésta. El linguo-traductor capta las palabras de Wangai y las traduce automáticamente en la pantalla. También me ofrece una versión gráfica de cada palabra en el idioma de Wangai, lo que me ha permitido hacerle algunas preguntas, aunque muy elementales. Según he podido saber, viven en un palafito escondido, a unos tres kilómetros de aquí. Me ha dicho que anoche buscaban golosinas, a las que son terriblemente aficionados, aunque no posean la habilidad necesaria para elaborarlas. También he sabido algo sumamente interesante, a través de este locuaz individuo: fueron unos parientes suyos los que destrozaron la emisora de radio del King-plane.

Telly plegó los labios en una mueca de escepticismo.

—¿Como puedo estar segura de que dices la verdad? —te desafió.

Harroway la escrutó con severidad.

—En primer lugar, porque nunca te he mentido. Pero acércate y lo comprobarás por ti misma. No temas, Wangai es amistoso. Le he dado una pastilla de chocolate y temo que me guardará por ello eterno agradecimiento —suavemente Harroway apartó de sí las manos del indígena, que le palpaban insistentemente—. ¡Vamos, ven! No tienes que sentirte avergonzada: la desnudez es el estado natural de estas gentes.

Telly se acercó tímidamente. Al fin, se atrevió a mirar a la cara a Wangai, pero la horrible mueca con que el salvaje la observaba, la obligó a retroceder, horrorizada.

«¡Dios mío, estos seres son horriblemente feos! —pensó—, i En comparación, King-Kong resulta un sujeto muy atractivo.»

Pero Harroway puso el traductor en sus manos y le enseñó su funcionamiento. Seguidamente, Lon interpeló a Wangai en su propio idioma La respuesta ruidosa y gesticulante del indígena no se hizo esperar.

Según dedujo Telly de la traducción que automáticamente realizaba el aparato que tenía en sus manos, una partida de *dungabiris* —literalmente, «Hombres-Pintados-de-Verde» en el idioma de Wangai— había visto descender del cielo el «pájaro metálico» (el *King-plane*, evidentemente), del que vieron salir poco después a un grupo de sesenta y dos «Barbas Blancas» (?).

Köhner, piloto del *King-plane* había dejado abierta la compuerta de popa de la aeronave, demasiado excitado e impaciente por subir al *Hover-craft* en el que debían partir los expedicionarios. Los

dungabiris permanecieron durante varios días observando la aeronave, desconfiados. Finalmente, su audacia les impulsó a acercarse al *King-plane*, que observaron atónitos. Al cabo, confiados por completo, penetraron en la aeronave, cuyos pasillos recorrieron fascinados. En la carlinga, uno de los indígenas accionó accidentalmente el botón de conexión de la radio. Asustados al escuchar la voz metálica que surgía por los altavoces, uno de los aborígenes reaccionó tan violentamente que no descansó hasta destrozar completamente la emisora a golpes de lanza.

—Creyeron que era la voz de Woganglah (El diablo) —explicó Wangai, para justificar la acción vandálica de sus congéneres.

Quedaba claro, pues, que Harroway era inocente y que las acusaciones que Telly le había dirigido insistentemente resultaban harto injustas.

—Lo siento —farfulló la mujer, confusa—. Me equivoqué

Pero Harroway no dio importancia alguna a aquel incidente. Parecía más interesado en obtener información de Wangai que en escuchar las torpes excusas de Telly Bradford.

Así que, consultando constantemente el linguo-traductor. Lon se enzarzó en una viva charla con el *dungabiri*, el cual se mostraba muy satisfecho de ser interpelado por Harroway.

Al cabo, Lon se volvió hacia la mujer, la cual evitaba tenazmente contemplar la desnudez absoluta de Wangai.

—Si miras disimuladamente hacia esa orilla boscosa, verás surgir en la orilla las cabezas de varias docenas de *dungabiris* u hombres-verdes. Están observándonos con atención y no se muestran tan confiados como Wangai; sin embargo, todo es cuestión de tiempo y paciencia. Si nos mostramos amistosos, nos ganaremos su confianza. ¡Ah, y por cierto! No son caníbales: Wangai dice que se alimentan de la pesca y la caza, además de algunos frutos. Hay un dato interesante: Wangai nos llama a ti y a mí *kurhabis*, esto es: «Barbas Blancas». ¿Por qué «Barbas Blancas»? Según él, nuestra piel es del mismo color que la del *kurhabi* que conoció su padre, el jefe Hallonga, el cual convenció a centenares de hombres y mujeres *dungabiris* para que le ayudaran en la construcción de ese palacio-fortaleza erigido en un claro de la jungla. ¿Qué deducción extraes de todo eso? —planteó Harroway, mientras Telly escrutaba las frondas con miradas recelosas.

—Está claro que el padre de este hombre conoció a mi abuelo. Probablemente, él se dejó crecer la barba, que sería canosa y le llamaron *kurhabi*. A nosotros nos dan el mismo nombre por extensión —replicó la joven.

—Eso es lo que pienso. Sin embargo, Wangai no sabe dónde se encuentra el señor Bradford —advirtió Lon—. Según él, tu abuelo marchó de viaje hacia el norte y nadie volvió a saber de él, aunque Wangai era demasiado joven para recordar todo lo relacionado con Christopher Bradford. Dice que en su poblado vive un hombre viejísimo, Gruú, que viene a ser una especie de historiador o «libro vivo» dentro de la tribu. Wangai está seguro de que el anciano Gruú podría responder ampliamente a todas nuestras preguntas. Ahora, ve adentro y tráete una bolsa llena de chocolatinas y galletas, que ofreceremos como obsequio a Wangai y su tribu. Tal vez consigamos que nos guíen hasta su palafito.

Telly entró en el *Hover craft* y volvió con una gran bolsa llena de golosinas. Además de chocolate y paquetes de galletas, había metido en la bolsa sobres de naranjada en polvo, paquetes de capsup y un lote de latas de bebidas refrescantes.

Al ver todo aquello, Wangai estalló en una serie de grititos ululantes y saltitos jubilosos. Arrastrando la bolsa, corrió hasta el borde boscoso de la laguna y llamó a sus congéneres con grandes gritos y aspavientos.

Poco a poco, algunos hombres-verdes fueron abandonando las frondas. Otros emergieron del agua y se acercaron tímidamente a la orilla donde Wangai repartió la mitad aproximadamente de su tesoro.

Una vez hubieron consumido la mayor parte de las golosinas, Wangai volvió junto a los dos *kurhabis* y dijo:

—Mi tribu se siente halagada y agradecida por vuestros obsequios. ¿Podría hacerte una pregunta, gran *kurhabi*?

—Hazla — respondió Harroway.

—Mi gente quiere saber dónde crecen los árboles que producen tan sabrosas golosinas.

Harroway estalló en una sonora carcajada e incluso Telly se atrevió a sonreír. Lon se vio en un aprieto para explicar a aquel elemental individuo que no existían árboles capaces de producir tan directamente golosinas tan complicadas como el chocolate. Y Wangai, oyéndole, se sintió profundamente decepcionado. Pero inmediatamente reaccionó y se mostró propicio a guiarles hasta su poblado lacustre.

—Tendremos que trasladarnos hasta allí en nuestro vehículo, Wangai —fe explicó Harroway—, ¿Quieres venir con nosotros?

Los hombres-verdes, que se habían acercado hasta una distancia prudencial, retrocedieron aterrorizados. Pero Wangai se golpeó el pecho con orgullo y anunció con gritos estridentes que él iba a

penetrar en el vientre del Gran Escarabajo Zumbador. Y así lo hizo, aunque cuando el *Hover-craft* se puso en marcha, Wangai palideció y cayó a tierra, aterrado.

Simultáneamente, la horda de *dungabiris* huyó despavorida hacia la laguna, en la que desaparecieron como por arte de magia.

Por fortuna, Wangai se recuperó en seguida. Familiarizado luego con el prodigioso Escarabajo Zumbador, se sentó junto a Harroway y palpó, extasiado, los complicados paneles de instrumentos.

El vehículo se deslizó en la laguna, se abrió paso a través de canales escondidos y, a una señal de Wangai, se detuvo frente a un ribazo de alto follaje. Asombrados, Telly y Harroway, vieron cómo la muralla vegetal se dividía en dos partes y dejaba libre un ancho canal, por el que avanzó despacio el *Hover-craft*.

—Un truco muy ingenioso —exclamó Lon, admirado—. Lo que parecía jungla espesa e inextricable, no es sino un sistema de islas flotantes, que pueden desplazarse a voluntad.

En medio de una gran laguna ovalada, se erguía el poblado lacustre, apoyado en troncos de hasta dos metros de diámetro. Al ver acercarse el vehículo todo terreno, algunas mujeres y niños huyeron a la desbandada y se refugiaron en chozas construidas con sólidos bambúes, pero cuando vieron venir a Wangai en compañía de los dos *kurhabis*, el pánico inicial fue reemplazado por la curiosidad.

—¡Dios mío, todos van desnudos! —se indignó Telly.

Sin embargo, cuando las mujeres se acercaron tímidamente, se vio coligada a admitir que las hembras eran mucho más bellas que los varones. Incluso las jovencitas núbiles erguían con orgullo sus voluminosos y enhiestos senos de bronce. Todo lo cual no le impidió sentirse muy molesta y violenta en medio de aquella horda de salvajes desnudos.

También a Harroway le hizo fuerte impresión la belleza exótica de las mujeres *dungabiris*. Eran hembras esbeltas, de flexible talle y proporcionada silueta. Algunas exhibían esplendentes cabelleras rojizas —más tarde supo que las mujeres *dungabiris* solían teñirse los cabellos de rojo en señal de pubertad—, lustrosas y airosamente atadas con una cuerda sobre la sien izquierda. Es inútil decir que tras la primera observación, se sintió un tanto inquieto y excitado.

Wangai había empezado a anunciar con grandes gritos la llegada de los extranjeros, cuando comenzaron a llegar a la plataforma de tierra roja apisonada grupos de nadadores verdes, que habían cubierto en breves minutos la distancia que separaba el vivac de los *kurhabis* de la población lacustre.

Los recién llegados se pusieron a explicar — con abundancia de

muecas y aspavientos— su encuentro con los dos *kurhabis* y la naturaleza de los regalos recibidos, que alabaron con exagerados gritos y ponderaciones. Todo lo cual provocó la desinhibición general por parte de la población *dungabiri*, compuesta por unos doscientos individuos, entre ancianos, hombres, mujeres y niños.

Rodeados por la multitud, Wangai los guió hasta una espaciosa enramada donde les ofreció asiento. Los hombres-verde corrieron a librarse de sus verduzcos camuflajes y volvieron en seguida al lugar de la asamblea, ansiosos por no perderse una sílaba de la entrevista que los extranjeros iban a celebrar con el jefe Wangai y el anciano Gruú, al cual sacaron de una choza a hombros de cuatro recios mocetones.

Y no es que aquel vejestorio arrugado como una pasa pesase demasiado, pues apenas era un esqueleto viviente, sino porque todos le reverenciaban y mimaban, pues toda la historia del pueblo *dungabiri* estaba depositada en la memo ria prodigiosa del «Libro Viviente» de Goo-thacen, nombre de la población lacustre.

Los porteadores depositaron cuidadosamente al honorable Gruú sobre una esterilla Wangai presentó a los extranjeros, explicó toda una serie de pormenores sobre su encuentro y después invitó a Harroway a plantear sus preguntas al anciano.

Para Lon, la entrevista con Gruú resultó decepcionante: el anciano atesoraba en su cerebro hasta mil años de la historia de su raza, pero sus respuestas respecto a Christopher Bradford fueron excesivamente confusas.

Declaró que un *kurhabi* llamado Frah-Phor (Bradford, sin duda) había llegado largos años atrás a la Gran Laguna y que les había enseñado a tallar la piedra y a construir enormes ciudades (?).

—La mayor de ellas se llamó Handrah-Korkú y según el *kurhabi* estaba destinada a que todos nosotros viviéramos en ella. Pero mi pueblo habitó siempre en palafitos como éste, donde podíamos vivir de la pesca, a salvo de los peligrosos cuadrúpedos de las praderas, y aunque estuvimos en Handrah-Korkú algún tiempo, volvimos finalmente a. Io que era nuestro hábitat natural. Prah-Phor se irritó mucho y se alejó hacia el norte, a Krru-Raff, la zona de los volcanes, prohibida a la raza *dungabiri*. Volvió una o dos veces, varios años más tarde. Y se diría que Wogonlah se había apoderado de su espíritu, a juzgar por los gritos que nos lanzaba. Yo creo que se volvió loco. Nuestra gente huyó de él y el *kurhabi* Prah-Phor se alejó de nuevo hacia Krru-Raff. Nunca volvimos a verle.

A continuación, el venerable Gruú se extendió en largas y complicadas explicaciones sobre el origen divino de su raza. Durante

un rato, Harroway le dedicó una amable atención, pero finalmente, para librarse de su tediosa cháchara, anunció a Wangai que pensaba ofrecerles un regalo extraordinario, pues se sentía muy agradecido a los *dungabiris*.

Pidió la ayuda de varios jóvenes muy forzudos y descendió al Hover-craft, del que sacó varios cajones con provisiones, bebidas refrescantes y golosinas. La población se mostró vibrantemente reconocida por tal gesto y Wangai, como compensación, les invitó a comer.

Contra todo pronóstico, el almuerzo resultó exquisito. Si bien los *dungabiris* no eran particularmente laboriosos, habían conservado de Bradford el arte de la cerámica, que él les había enseñado. La comida les fue servida en preciosos platos y vasijas de cerámica, acompañada de una especie de vino que los nativos extraían del jugo fermentado de unas raíces áridas.

Las bellas adolescentes *dungabiris* devoraban a Harroway con la mirada y alguna incluso se atrevió a palpar, incrédula, sus musculosos brazos, pues Lon, atosigado por el húmedo y bochornoso ambiente, se había despojado de su sahariana blanca.

Telly se humedeció, nerviosa, los labios. Indudablemente, en medio de aquellos aborígenes de discreta estatura y facciones rudas y prognáticas, Lon Harroway suponía una atracción subyugante para las hembras, con su musculatura de hércules y su gigantesca estatura.

Despectiva, Telly plegó los labios en una sonrisa de suficiencia ¿Qué podía importarle a ella que un grupo de ingenuas salvajes demostrase adoración por King-Kong?

Wangai hablaba una palabra misteriosamente al oído de Harroway y éste denegaba insistentemente con nerviosos movimientos de cabeza. ¿Qué hablaban?

El misterio se desveló en seguida: Wangai hizo un gesto y una mujer gruesa y greñuda se abrió paso entre la compacta muchedumbre llevando ante sí a dos hermosas jovencitas núbiles.

Y ahora sí se mordió los labios, despechada y rabiosa, pues las adolescentes acababan de sentarse, con toda la frescura del mundo, en las rodillas de Harroway, el cual sonreía forzadamente. Pero no hizo nada por evitar las caricias de las insinuantes Lolitas, las cuales ciñeron el cuello viril con sus brazos, sensualmente.

CAPITULO XI

Al fin, Telly se abrió paso a codazos entre la masa humana que rodeaba a Harroway.

—¡Es una desvergüenza! —le lanzó a la cara—. Dos jóvenes concubinas a cambio de un puñado de golosinas, Lon. ¡Y aún te sientes envanecido!

—Te equivocas —respondió el hombre—. Me limito a mantener una actitud discreta ante las muestras de agradecimiento de estas gentes sencillas. Pero déjame que te explique: como vistes pantalones, Wangai y los demás te han tomado por un muchacho. A mi han querido agasajarme ofreciéndome dos jovencitas muy atractivas. Contigo querían hacer otro tanto, pero les expliqué que eres una mujer. Ellos *no podían* comprenderlo, Telly. Pero al fin, Wangai entendió. Y, queriendo mostrarte su personal gentileza, se ofreció para llevarte a su lecho y hacerte los honores...

Telly plegó los labios en un gesto de suprema repugnancia. Alrededor de ellos, los *dungabiris* les observaban atentamente, tratando de captar el significado de las palabras pronunciadas en un idioma incomprensible para ellos.

—Al fin, he hecho comprender a Wangai que atraviesas esa etapa singular que cada mes padecéis las mujeres. Wangai lo ha entendido y te ha asignado la mejor choza de este poblado —siguió explicándole Harroway—. Y, para que borres de tu rostro esa expresión de intenso pudor, te diré que he rechazado a esas dos preciosas muchachas, después de agradecer a Wangai su deferencia. Pero debo advertirte una cosa: no he renunciado a dos hermosas jóvenes por un puritanismo fácil, sino porque estoy convencido de que las dos son demasiado jóvenes para ser madres de mis hijos.

Oyendo esto, Telly se volvió arrogantemente y fue a ocupar la atención general.

Al atardecer, dos mujeres guiaron a Telly hasta su aposento. La estancia era fresca y limpia y el lecho consistía en una esterilla mullida y esponjosa. Las mujeres le dejaron al fin, pero Telly no sentía su ánimo lo suficientemente sosegado como para abandonarse al descanso.

Comió unas frutas que las mujeres le habían dejado en una bandeja de mimbre y oteó la plataforma de tierra apisonada. La aldea lacustre permanecía en silencio.

Pero cuando la luna bañó el palafito, Telly oyó un siseo próximo y

se abalanzó, presurosa, para avizorar a través del tejido vegetal. A la luz blanquecina de la luna, vio avanzar a aquella gruesa matrona sonriente, que empujaba ante sí a dos esbeltas jovencitas que cuchicheaban a media voz, dejando en el aire el eco de sus risitas.

A Harroway le habían asignado un espacioso bohío frente a la cabaña de Telly. Y precisamente la oronda alcahueta y las dos adolescentes acababan de penetrar en aquel habitáculo.

—¡Cínico! —murmuró Telly, tremante—. ¡Y no pensaba aceptar el regalo de Wangai...!

Despechada, se apartó de su observatorio y se dejó caer sobre el lecho. Y lloró, sí, lloró durante largo rato aquella noche.

¿Por qué se sentía tan dolida y humillada, si Lon Harroway no significaba para ella otra cosa que seguridad? Ella sólo había amado apasionadamente a un hombre: Blake Thorpe, el caballero. Pero se esforzó en rememorar el rostro de Blake y, frustrada y rabiosa, no lo consiguió.

«¡Dios me proteja! ¿Qué me está ocurriendo? Ni siquiera consigo recordar las facciones del hombre que tanto amé», se quejó, lastimada íntimamente.

Al fin, se quedó dormida. Un roce leve la despertó, bien de mañana. Abrió los ojos y reconoció a Lon, que susurró a su oído;

—Levántate. Acabo de despedirme de Wangai. Nos vamos. Tal vez volvamos algún día. Ahora tenemos que encontrar al señor Bradford.

Parecía animado por una extraordinaria energía. «¿Cómo es posible que se sienta tan fuerte... después de una intensa noche de amor... a dos bandas?», se preguntó Telly.

Le siguió rápidamente a través de la explanada desierta. El le tendió la mano en la escala y ambos penetraron en el *Hover-craft*, que poco después se puso en movimiento y cruzó la laguna. Las islas flotantes se abrieron espectacularmente y el vehículo dejó tras sí una estela de fino vapor acuoso.

A mediodía, el *Hover-craft* alcanzaba las estribaciones abruptas de Krru-Raff. La geografía que les circundaba era impresionante: barrancos profundos, ríos de lava solidificada, altísimas cascadas de roca brillante como el ébano, lagos rojizos de aguas sulfurosas, géiseres silbantes y acantilados rajados, en cuyas hendiduras las fumarolas formaban una fantástica cabellera gigantesca de guedejas blanquecinas.

Harroway avanzaba hacia el norte sistemáticamente. El vehículo tenía que abrirse paso a través de estrechos desfiladeros y gargantas imposibles. A veces se deslizaban por profundidades azulinas y otras

desafiaban el riesgo avanzando al borde de acantilados de mil metros de caída vertical.

Harroway se guiaba por la alta columna gaseosa del volcán Kartaff («Padre del Fuego», en lengua *dungabiri*). Pero la noche les alcanzó cuando aún se encontraban a cierta distancia de las chimeneas secundarias del volcán.

Esa noche, vieron brillar luces esplendentes en el firmamento, a orillas de un gran lago de aguas ardientes. El aire, enrarecido, se tomaba irrespirable y Harroway sugirió:

—Subamos al *Hover-craft*. Aquí, el aire es altamente tóxico.

Pero Telly le retuvo, asiéndole de un brazo. Y Lon escuchó su grito:

—¡Mira allá, *arriba*!

Sobre un acantilado liso y brillante, se proyectaba una escena fantástica: un anciano escuálido de largas barbas de plata, parecía mirarles fijamente desde un dosel de piedra azulada.

—¡Lon, es *mi abuelo*! —chillaba histéricamente Telly—. ¡Está allí, arriba! ¡Suéltame, debo ir a buscarle! ¡Es mi abuelo, Christopher Bradford!

Iba a lanzarse locamente hacia la montaña, pero Lon la sujetó férreamente junto a sí. Ella se debatió como una furia, pero no pudo escapar de los brazos del hombre.

—Tranquilízate, Telly. Es una imagen ficticia, un fenómeno producido por la refracción de la luz que brota del cráter del volcán. Lo he visto otras veces, en sitios muy distantes. ¡Mira esa imagen! Más de cien metros de altura. Ese no es tu abuelo, Telly, sino el reflejo de su imagen. Sosiégate, te lo ruego. Le encontraremos mañana.

Sin embargo, la gigantesca imagen proyectada sobre el muro pétreo era atrayente. El anciano Christopher Bradford parecía sonreír mansamente e incluso se diría que tendía sus manos hacia ellos en un ademán suplicante.

Telly chillaba y se revolvía como una fiera entre los brazos del hombre. Profería amenazas e insultos salvajes y le atacaba con las uñas y con los dientes, como un feroz animal asilvestrado y rabioso. Pero Harroway dominaba fácilmente a la hembra arisca y enloquecida que tenía en sus manos, aunque finalmente se vio obligado a golpearla sin rigor con un puñetazo en la barbilla.

Entonces las rodillas de Telly se aflojaron y su cuerpo se desmadejó. Lon la elevó en sus brazos, la llevó al vehículo y la recostó delicadamente en el acolchado asiento. La acarició con un gesto leve, la contempló un instante y luego aseguró la puerta y

conectó los depósitos de oxígeno de emergencia.

Al amanecer, Telly volvió en sí después de un plácido sueño de diez horas. Tras abrir los ojos, se acarició con cuidado la mandíbula, miró a Harroway y murmuró:

—No fue fácil para ti, ¿verdad? No sé qué me ocurrió. Cuando vi aquella imagen proyectada en el muro..., creo que enloquecí. Supongo que mi imaginación empieza a gastarme bromas pesadas...

—Lo que vimos no fue ninguna broma, sino un raro fenómeno óptico de retro-reflexión. Los rayos infrarrojos que salían del volcán, se proyectaban en el lugar donde se encuentra tu abuelo y esta imagen se reflejaba, invertida, en la densa masa gaseosa que flota sobre el cielo de Krru-Raff. Esas nubes actuaban como un gigantesco espejo, capaz de proyectar una fantástica imagen en el acantilado. No sufriste una alucinación, Telly. La imagen que viste era justamente la de tu abuelo. Y ahora, tú y yo vamos a buscarle —decidió el hombre.

El *Hovercraft* abandonó su cobijo del desfiladero y ascendió hacia las alturas. A media mañana, Lon detenía el vehículo en una meseta ardiente, frente a un farallón. Luego ambos se dirigieron a pie hacia la profunda cárcava de piedra azulada.

A medida que se acercaban a la oquedad, la figura de Christopher Bradford fue agrandándose a sus ojos. Permanecía sentado en un escaño de piedra, la espalda adosada al dosel rocoso, el rostro sonriente y las manos abiertas y extendidas hacia adelante.

Estaba muerto, sólo era una momia, aunque maravillosamente conservada. Había muerto exactamente cinco años atrás, en la misma fecha en que la vidente fraulein Carlsberg entró en trance en Megalópolis Enea y recibió el mensaje telepático del anciano.

Mientras Telly, estremecida, contemplaba las facciones inmóviles —pero tan vivas— de su abuelo, Lon leyó la inscripción escrita con trazos sobre el muro brillante.

> Queridos míos:
>
> Sé que no llegaréis a tiempo y por eso he decidido morir en este lugar, majestuoso y terrible. La muerte me llega a su tiempo, cuando ya he hecho todo aquello que me había propuesto. Sólo he vivido una frustración: la soledad, a la que siempre desprecié.
>
> Si alguna vez, un Bradford llegase a leer este mensaje, le pido que observe mi mandato y mi consejo: el ser humano no ha nacido para vivir en solitario, sino para participar de la vida en común.

* * *

Harroway había preguntado: «¿Volvemos a la residencia Bradford de Watárix?» Y ella había respondido afirmativamente.

Con toda la delicadeza posible, Lon evitó a Telly momentos tan desagradables como el del enterramiento del cadáver de Christopher Bradford, que Harroway sepultó bajo los árboles que crecían alrededor del palacio-fortaleza a la que los *dungabiris* llamaban Handrah-Korkú, es decir Lugar Delicioso.

Aquel atardecer, Telly permanecía triste y ensimismada bajo los grandiosos pórticos de la ciudad de piedra.

—Hazte a la idea, Telly —susurró cariñosamente el hombre—, Es improbable que vengan a rescatamos en un futuro inmediato. Quizá, como tú, algún aventurero de sangre ardiente emprenda un viaje a Watárix dentro de treinta o cincuenta años. Entretanto, la vida puede ser apasionante para nosotros. Tenemos esta enorme y sólida mansión, que yo amueblaré y guarneceré adecuadamente, aunque ello me lleve diez años. También tenemos a nuestros amigos los *dungabiris*... Si tú quieres, éste puede ser nuestro paraíso. Pero si sigues añorando tu vida pasada...

Ella se agitó violentamente, golpeando con fuerza el pecho del gigante.

—¡Tonto! No me importa lo anterior, sino lo presente. Acabas de mencionar a «nuestros» amigos los *dungabiris*, pero yo no puedo apartar de mi pensamiento aquella noche en la ciudad lacustre. Debió ser una noche maravillosa para ti, compartida frenéticamente con dos hermosas jovencitas...

La carcajada espontánea del hombre dejó sin habla a Telly.

—Así que... ¡estás celosa! —exclamó el hombre, jubiloso.

—¡Sí! —gritó ella, rotunda—. Estoy ferozmente celosa. Y profundamente dolida. No he sido muy buena para ti. Merezco, pues, tu desprecio y tu repudio... Tú, querido King-Kong, ambicionabas un hijo y yo te lo negué. Pero ahora...

—¿Qué?

—Estaría dispuesta a dártelo si...

—¿Si…?

—Si tuviera la seguridad de que aquella noche... Si aquella noche tuviste la fuerza de voluntad suficiente para no revolearte con tus dos jóvenes odaliscas.

La carcajada de Harroway fue tan estentórea que una bandada de aves multicolores huyeron asustadas por encima de las copas de los

árboles que rodeaban Handrah-Korkú.

—Querida Telly, me pasé aquella noche en vilo, después de rechazar a la gorda esposa de Wangai y las dos doncellas. Vigilaba tu choza con todo el afán del mundo, porque…

—¿Porque…?

—Porque Wangai se había encaprichado de ti. Sobre todo después de que desvelé el misterio de tu sexo. A él le parecía apasionante una persona que, como tú, era mujer con la vestimenta viril que tú llevabas. ¿No lo entiendes? Pasé la noche en vela, celoso de Wangai —pronunció él con voz gozosa.

Se miraron. Y luego el uno se precipitó en brazos del otro.

—Ven conmigo hasta lo alto de la torre, cíclope —susurró Telly al oído del hombre—. He decidido darte un hijo.

Y ascendieron por la larga y artística escalera. Y a medio camino, dijo Lon:

—De acuerdo. Un hijo. Pero que no sea tan feo como yo.

Y ella:

—Un hijo que sea como tú y como yo, un hijo nuestro.

—Pero… ¡soy tan feo, tan rotundamente rudo y primitivo! —clamó él, falsamente compungido.

—Entrañablemente feo, mi querido King-Kong —musitó ella, dejándose llevar en volandas hacia las alturas.

Y aquella noche, verdaderamente, Telly se sintió en el paraíso…

F I N

71189

9 788402 092816

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.